

EL CHISMOSO.

COMEDIA

EN TRES ACTOS:

POR

EL DOCTOR DON FRANCISCO MESEGUER.

MADRID
EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

DON JUAN, Capitan de Infantería. *SEÑOR MANUEL GARCIA PARRA.*

DONAVERT, Coronel Aleman. *SEÑOR LUIS NAVARRO.*

DON PEDRO, Caballero anciano. *SEÑOR ANTONIO PINTO.*

DON DIEGO, anciano. *SEÑOR FRANCISCO BACA.*

DON FERMIN. *SEÑOR MARIANO QUEROL.*

ANTONIO, criado. *SR. JOSEF GARCIA UGALDE.*

INES, hija de Don Diego. *SEÑORA RITA LUNA.*

DOÑA LAURA, esposa de Don Pedro. *SEÑORA COLETA PAZ.*

DOÑA MARTINA, hermana de Doña Laura. *SEÑORA JOSEFA VIRG.*

La accion se representa en una antesala: su adorno el regular de una casa de un hombre acomodado: en el centro hay una puerta, que lo es de la sala habitacion de Doña Laura y Doña Martina: á la izquierda se verá otra puerta, que lo es del quarto de Don Pedro, y otra mas adelante, que se supone quarto de Don Diego, mayordomo de esta casa y de su hija Inés: á la derecha ha de haber otra puerta además de la entrada general de la casa, ó puerta de la escalera, que será al primer bastidor.

ACTO PRIMERO.

Don Diego y Don Fermin.

Ferm. Sí, señor: amigo, es mucha,
mucha la falta que ha hecho
vm. en estos tres meses
de ausencia; todo está vuelto
de arriba abaxo: es preciso
aplicar pronto remedio,
ó la muchacha se pierde;
vm. no es tonto, y yo creo
que sabe dónde le muerde
el zapato: yo no llevo
mas fin que su bien, y así
no descuidarse con estos
militares, que mas saben
de andar á la flor del berro,
que de la guerra: el Don Juan
será muy santo y muy bueno;
pero la máxîma mia
es admirable: yo pienso
cien veces mal en el dia;
y aunque parezca un exceso,
á mí me sale la cuenta

noventa y nueve lo ménos.

Diego. Absorto estoy.

Ferm. Ciertamente,
que no es para nada ménos
el caso; y á fé de amigo
que yo siento ser correo
de malas nuevas: concibo
que no le ha de hacer buen cuerpo
la noticia; mas estan
las cosas en un extremo
fatal.

Diego. ¡Pero Inés, que siempre
fué de honestidad exemplo,
ahora tan trocada! Estoy
por decir que no lo creo.

Ferm. Mil gracias por el favor.

Diego. No extrañe vm....

Ferm. Yo no tengo
por qué extrañarme de nada;
pero si hubiera de hacerlo
de alguna cosa, sería
de mirar lo satisfecho
que vive vm. de su hija:
yo á la verdad no contemplo
que el mal sea irreparable;
pero hay grandísimo riesgo

de un chasco: un oficialito,
que en las marañas y enredos
de enamorar, llevará
muchos años de maestro.
Item: un ave de paso,
sí señor, que quando ménos
lo pensémos, tomará
pasaporte: un extrangero
de quien se ignora si es
Griego, si Turco, si Armenio,
si Judío, si Christiano,
ó si estará en los infiernos
su rancia estirpe alta ó baxa;
en fin, que nada sabémos
mas que el Coronel su tio
(que Dios sabe lo que en eso
habia) ya sabe vm. bien
el chasco que ha poco tiempo
tuvimos con el Varon
de Boliche, y los enredos
que contó de sus grandezas;
y por remate de cuentos
entrampó á toda Sevilla:
y quando saber quisiéron
quién era su señoría,
sacamos á descubierto,

que el dichoso del Varon
era un bribon estupendo
sin otro título, que
la varonía del sexô;
pero sea lo que quiera,
nosotros solo sabemos
que tio y sobrino van
por esos mundos corriendo
á buscar sus aventuras.
¿Será el tal Don Juan sugeto
para descuidarse mucho
con él? Lo fixo y lo cierto
es que la Inesilla anda
muerta de amores: y á eso
apostaré las orejas.

Diego. No dude vm. que agradezo
sus avisos: y aunque sea
indecible el sentimiento
que me causan, mejor es
proporcionar el remedio,
que ignorar el mal.

Ferm. Pues bien,
no ponga vm. duda en ello;
observe vm. á su hija,
y verá con quánto esmero
se adorna; no pasa dia

que no se mire al espejo
quinientas veces: sus amas
no visten con mas aseo
que ella; bien sabe vm.
quán poderoso argumento
es la gala del amor:
amigo, á los que tenemos
mundo, no pueden echarnos
dado falso; yo estoy cierto
del caso: en otras materias
tendrá mas conocimiento
vm. que yo; pero en ésta,
ni vm. ni quantos naciéron:
¿si sabré de locos yo,
que he estado atado?
Diego. Lo creo,
Don Fermin: yo doy á vm.
mil gracias, y me prometo
que se remediará todo.
Ferm. Bien sabe vm. que le quiero
de veras, y tiene pruebas
convincentes de mi afecto:
pero amigo, la amistad
en los casos como estos,
es donde se ha de mostrar:
vm. es un pobre viejo,

que pende de las bondades
de esta casa: aquí los genios
son encontrados: madama,
ya vm. vé... y aunque Don Pedro
es un hombre angelical,
allá decimos: tan bueno
es mi Juan, que para nada
puede servir de provecho:
ella es un aspid; molesta,
con aquel maldito genio,
al marido; ¡y la hermanita!
no digamos, vaya: eso,
eso es hablar de la mar;
y como ya está el proyecto
formado, y entre los dos
estan cebando el anzuelo
para clavar al Don Juan,
y el Coronel va de acuerdo
con ellas, y solicita,
segun presuntas que tengo,
unirlo á Doña Martina,
en el instante primero
que huelan su inclinacion
á la chica, volaverunt:
mueven una tremolina
que ha de llegar hasta el cielo

el polvo, y arde la casa;
y á pesar del buen afecto
del amo, arrojan á vm.,
y le pierden sin remedio.

Diego. ¿Con que segun vm. dice,
se trata de casamiento
con Doña Martina, y ese
Don Juan?

Ferm. Sí señor, es cierto;
pero ese negocio va
con muchísimo secreto:
Doña Laura es el tu autem
del asunto, y el dinero
del Coronel Aleman,
que es poderoso, es el cebo
á que acuden las hermanas,
y este es otro fundamento
para vivir con cuidado,
y no perder el rezelo;
además que, como he dicho,
no puede ser con fin bueno
este amor: la diferencia,
amigo (yo soy ingénuo)
es notable; yo bien sé
que todos nos parecémos
en el nacer y el morir;

que el mas noble y caballero
es el mas hombre de bien,
y que el tesoro supremo
es la virtud; pero amigo,
el mundo no entiende de eso;
lo que tienes, eso vales:
deme vm. mucho dinero,
y un escudo con un gato,
dos águilas y tres perros,
y ya soy el mas honrado,
el mas noble y mas perfecto
del mundo, y desdeñaré
unirme con un sugeto
que carece de estas prendas;
con que será desacierto
fiar en la inclinacion
del Don Juan; yo lo confieso,
es honrado, es virtuoso,
es bien hablado, es modesto,
es todo lo que vm. quiera;
pero es rico y caballero,
y vm. es plebeyo y pobre:
bastante digo con esto.

Vase por la puerta principal.

Diego. ¡Válgame Dios! ¡Es posible
que Inés tenga atrevimiento

para tanto! ¿Será dable
que acalore los deseos
de un jóven, que ciertamente
se propone el fin perveso
de seducirla? su rara
virtud, su claro talento,
su modestia... ¡pero al fin,
la debilidad del sexô
es tanta, la seduccion
tan poderosa!... ¡Qué necio
quien tiene á la educaccion
por el único remedio
de nuestras inclinaciones!
Vale, sí: pero el imperio
y el fuego de las pasiones
aniquila en un momento
la obra de muchos años.
¡O Dios! tu poder supremo
me favorezca y alumbre
en este dia: el acierto
viene de vos, ilustrad
mi turbado entendimiento.
Esta muchacha me da
tantas pruebas de su esmero
en obedecerme, tantas
de sumision, de respeto,

de honestidad y virtud;
que de ningun modo puedo
resolverme á imaginarla
capaz de tal desacierto:
á mas, este Don Fermin
es de un carácter perverso,
enredador, malicioso
y atrevido: su recréo
es siempre sembrar cizaña,
moviendo chismes y cuentos;
y desde que esta señora
le da oídos, no tenemos
poco que ofrecer á Dios:
con todo, no despreciémos
el aviso; lo mejor
será informar á Don Pedro,
mi señor, de lo que pasa;
que de su bondad espero
remediará... pero Inés
viene aquí.

Saliendo de su quarto.

Inés. Padre, ¿qué es esto?
Pienso que estais afligido:
¿decidme, qué sentimiento
os molesta? ¿ha sucedido
algun desman? decid luego

vuestra pena, padre mio;
¿callais? ¿mi cariño tierno
tan poco os merece? ¡ó Dios!
¿qué será?

Diego. Dexa el rezelo,
hija mia: mi pesar
no es tanto: pero no debo
comunicártelo ahora:
mas no te aflijas por eso;
ya lo sabrás, y confio
que tendrá fácil remedio,
mediante tu discrecion
y virtud.

Inés. Padre, no entiendo
lo que me quereis decir;
pero con todo, penetro
que vuestro dolor es mucho,
y yo soy...

Diego. ¡Ay! el tormento
de mi cansada vejez:
tú llenas de desconsuelo
mi corazon.

Inés. Padre amado;
¿pues cómo? ¡ó Dios! ¿Yo en qué puedo
ofenderos? ¿qué os han dicho
de mí? Todos mis deseos

se cifran en agradaros;
dócil á vuestros preceptos,
vuestra voz y mi obediencia
son una cosa; mi anhelo
es serviros.

Diego. Hija mia,
tienes razon, lo confieso;
reconozco, y aun envidio
tu virtud: mi desconsuelo
quizá lo causas sin culpa;
pero aunque lo sientas, debo
estorvar el precipicio
á que caminas; yo quiero
que me oigas atentamente:
Dios te ha dado entendimiento,
y debes aprovecharlo,
Inés; y en este supuesto
no puedo disimular,
que olvidada del respeto
de un padre, que tanto te ama,
y sin tener miramiento
á tu estado, des oídos
á los culpables deseos
de un seductor, que pretende
tu ruina: ese mancebo,
ya me comprehendes, Don Juan;

ese amante, que en tu pecho,
introduce de su amor
el pestilente veneno,
corromperá tu inocencia
muy pronto, y en el vil fuego
de su torpeza, abrasada
con doloroso escarmiento
perecerá tu virtud:
sus halagos lisonjeros,
que ahora te adulan y mueven
tu incauto y sencillo pecho,
son el puñal sanguinoso
de mi honor: brilla el acero
y mata; la adulacion
causa los mismos efectos:
dirás quizá que rendido
amante, expresivo y tierno
honestamente te ama;
que te promete sincero
eterna fé; y que jamas
mostró el infame deseo
de envilecerte: ¡ay Inés!
¡Ay hija mia! Lo creo
como si lo hubiera oído;
sus fines serán muy rectos,
muy santos y muy loables,

te hará los ofrecimientos
mas ventajosos: tu esposo
se llamará, y á los cielos
hará de su fé testigos;
mas testigos como éstos
oyen y callan, y nunca
en juicio compareciéron
á declarar lo que han visto;
quando medita el perverso
burlar la virtud, de Dios
se ha burlado ya primero.
Si conocieras el mundo,
Inés, no dieras asenso
á las fáciles promesas
de los hombres: los mas de ellos
son malignos; la deshonra
de una jóven que perdiéron
con sus pérfidos halagos,
es el triunfo mas completo
á que aspiran; y se jactan
del infame vencimiento,
como de una accion heroyca
entre viles compañeros
que los aplauden y envidian
su ventura; el débil sexô
vé y toca todos los dias

repetidos los exemplos
de esta verdad; pero nunca
un saludable escarmiento
lo precave: ¿este Don Juan,
ignoras que es un sugeto
muy principal? Sabe, hija,
ó deberas saberlo,
que su tio el Coronel
tratando está, (por supuesto
con su anuencia) casarlo
con Doña Martina; y pienso
que está muy adelantado
este negocio: yo llego
ahora de fuera y lo sé;
¿pues cómo tú ignoras esto?
Además, Inés, tú sabes
nuestra pobreza, y el cielo
que te dotó á manos llenas
de hermosura, al mismo tiempo
que de nobleza; sí, hija,
eres noble: el mismo cielo,
ó no él, sino mis pecados,
me han traído á tal extremo,
que habiendo mandado á muchos,
para ganar el sustento
ha tantos años que sirvo –

en esta casa, el empleo
de mayordomo: tú ahora
discurre si un caballero,
de las prendas de Don Juan,
pensará en el devanéo
de casar con una pobre
criada, y hacer el yerro
(yerro, porque la pasion
no quita el conocimiento)
de exponerse á que su tio
indignado de este exceso
quiera arrojarlo por siempre
de su lado á ser exemplo
de vituperio y miseria;
no Inés, no puede ser eso:
te amará, no pongo duda;
pero con fin muy diverso
del que conviene á tu honor
y al mio: basta con esto
para que evites su trato.
Considera á quántos riesgos
te expones, y á mí me expones.

Inés. Padre mio, yo...

Voz de adentro. Don Diego.

Diego. Despues te oiré, que llaman:
á Dios. *Vase.*

Inés. Será dable... ¡ó cielos!
¡ó falso amante! ¡ó cruel!
Socorredme, Dios inmenso
en tanta pena: ¡ay! ¡Me faltan
las fuerzas! ¡hombres perversos!
Mal haya quien os da oídos.

Inés llorosa se sienta en una silla: Don Juan, que entra entónces por la puerta de la escalera, repara en ella; luego mira á todas partes en ademan de explorar si lo observan: despues corre presuroso á Inés, y apartándola del rostro el pañuelo con que aparenta enxugar sus lágrimas, dice.

Levantándose indignada.

Juan. ¿Lloras, mi bien? ¡Dulce dueño,
huyes de mí! ¿Ya te ofende
mi fino amor, mis extremos,
mis penas, tantos suspiros?
¡ay! ¿El irritado fuego
de mi violenta pasion,
la eterna fé que mi pecho
te ha jurado, se grangea
ódio y aborrecimiento?
Cruel, cruel, vuelve el rostro
á quien te idólatra ciego:

¿por qué me detestas? ¿qué
delito, qué crímen fiero
ha provocado el rigor
de tu enojo? ¿mis afectos
mis lágrimas, mi esperanza,
mi dulce esperanza, ¡ó cielos!
será vana? ¡Ay! era mia,
y la bastaba con eso
para nacer y morir
en el instante.

Inés. Perverso
seductor, monstruo inhumano.
déxame en paz: en paz, ¡cielos!
¡y qué paz! Eterno llanto,
crueles remordimientos
de mi alma, para siempre
van á ser los compañeros
de mi desdicha: perjuro,
esta infeliz ¿qué te ha hecho
para que así la burlases?
¿no te horroriza el exceso
de tu maldad? ese amor,
esos fingidos extremos
de cariño, los halagos
de tu cauteloso pecho,
¿qué son, malvado, y qué han sido

sino los indignos medios
de combatir la inocencia
de mi alma? Tú del seno
de mi feliz ignorancia
me arrancaste; ¡ay! tú el primero
amor me enseñaste; yo
te amé, y al instante huyéron
los inocentes placeres
de mi alma; el desconsuelo,
la inquietud, el sobresalto,
la desconfianza, fuéron
tósigo de una esperanza
mentida; y en el funesto
conflicto de mis pesares
tu fé, tus ofrecimientos
expresivos, tus palabras
amorosas, los extremos
de tu criminal astucia
derramaban el consuelo
en mi corazon: yo amaba
mis penas; sí, dulces fuéron
mis pesares, mis dolores
eran delicioso cebo
de mi amorosa pasion;
amar y amar con extremo
fué toda mi gloria; ¿y quál

quál ha sido el digno premio
de tanta fé? ¡ ah! Tú lo sabes,
traidor; traidor huye léjos
de mi presencia: tu vista
me horroriza; te detesto
con toda mi alma: ya
solo serás un objeto
de horror para mí; sí, solo
en mi desolado pecho
la vergüenza quedará
de haberte amado: no quiero
satisfaccion; yo perdono
mis agravios; vé, y al dueño
verdadero de tu amor
(si hay en tí amor verdadero)
lleva, infiel, esas palabras
amorosas, esos tiernos
halagos, esos discursos
estudiados y compuestos
con tanto ardid; ella hará
todo el merecido aprecio
de ese amor puro, esa fé
inmudable, y ese eterno
cariño, que yo abomino,
para siempre detesto.

Don Juan detiene á Inés.

Juan. Detente , Inés ; oye , atiende
á un infeliz : yo no encuentro
el motivo que te irrita
contra mí. ¿ Qué fingimientos
me hallas ? ¿ qué amor , bien mio,
fuera de tí ? Nada entiendo
de quanto has dicho ; ¿ quién es
esa muger , que tus zelos
ocasiona , y mis pesares ?
¡ Ay ! si me amas , el tiempo
en vanas reconvenciones
no perdamos ; al momento
nómbrala y eternamente
la evitare ; sabe el cielo,
que si el primero que amaste
he sido , mi amor primero,
mi único amor eres tú:
nada , sí , nada amar puedo
sino á mi adorada Inés.
Inés. ¡ Falso ! no amas.
Juan. El cielo
me confunda si mi alma
jamas adoró otro objeto
que tu hermosura.
Inés. ¡ Ah ! ya toco,

ya para mi daño veo
quán falsos, quán engañosos,
quán bárbaros, y quán fieros
son los hombres; ¿ quién, infiel,
podrá persuadirse oyendo
tan halagüeñas mentiras,
que aquí mismo, sí, aquí dentro
de esta misma casa está
la causa de mi tormento?
¡Perjuro! Ya lo sé todo;
ya el reservado misterio,
el contínuo disimulo,
y el afectado secreto
con que mi amor ocultabas
se descubre; ya el intento
se ha conocido, ¿querias,
aleve?... ¡O Dios! Tus perversos
fines no serán logrados;
no, fementido: ya es tiempo
de conocerte, y borrar
de mi lastimado pecho
tu imágen aborrecida:
déxame; yo te lo ruego
con mi llanto; no estimules
el cruel resentimiento
de mi alma.

Don Juan queda como absorto: Don Fermin que va á salir por la puerta de la sala, repara en los dos amantes; se detiene, y vuelta la espalda, hace señas con ridículo apresuramiento á Doña Laura y Doña Martina, que vienen á él aceleradas; y todos tres se ocultan con las cortinas de la puerta, quedando á la escucha.

Juan. En suma, Inés,
ya me aborreces, y debo
olvidarte para siempre;
yo soy un vil, un perverso,
un seductor, un tirano,
un monstruo cruel y fiero,
un falso amante; y en fin,
en esta casa el objeto
de mi amor y tus agravios
se halla, ¿quién el perverso
es que te haya sugerido
tan indignos pensamientos?
Declárate, ó vive Dios,
Inés, que mi enojo ciego
me precipite.

Ines. ¡Ah! bien finges.

Juan. ¿Finjo, Inés?

Ferm. Paso muy tierno.

Laura. La gazmoña. *A media voz.*

Mart. La gatita
de Mari-Ramos. *A media voz.*

Tirando un poco hácia dentro á Doña Laura y Doña Martina.

Ferm. Sospecho
que nos vean: retirarse
algo mas.
Inés. ¡Ay! Don Juan, temo
que mis amas anden cerca.
Juan. ¿Y lo sientes? Yo me alegro,
si descubren el amor
con que idolatro tu cielo:
sepan todos que te adoro;
sépanlo ya, que no quiero
que el prudente disimulo
con que lo ocultaba, á riesgo
me ponga de que zelosa
me aborrezcas; dulce dueño,
ya es forzoso revelar
el reservado misterio,
que me obligaba á ocultar
mi fiel amor; y muy presto
te mirarás convencida
de que no un estraño afecto,
sino prudente razon,
me obligaba.

Inés. De allá dentro
temo que observarnos puedan:
ven, sígueme.

Se entran á la habitacion de Inés.

Ferm. ¡Bravo! ¡bueno!
madamas, la cosa está
en punto de caramelo;
¡si olfato mas delicado
que el mio en el mundo entero
no se hallará! es un instinto
natural, es un talento,
una gracia *gratis data*
la que para el caso tengo.
Yo no sé filosofia,
teología, ni entiendo
aun el ayudar á misa;
pero señoras, en esto,
de ya vm. entiende, me rio
de todos los que escribiéron
de la materia: no es chanza:
sé mas que saber pudiéron
los siete sábios de Grecia,
Hipócrates y Galeno.
En fin, no dirán vms.
que no lo dixe con tiempo;
la cosa es palpable: yo

por vm. sola lo siento,
Doña Martina, que va
á sufrir el menosprecio
que está á la vista, que á no,
me emplumen sino me alegro
del chasco, porque me duele
la boca de estar diciendo,
que es preciso echar de casa
á estas gentes; y ahora el bueno
del padrazo hará la vista
gorda; pero irá de acuerdo
con la linda de la hija.

Laura. Vm. tiene razon; pero *A media cólera.*
el maldito de mi esposo,
aunque ya sobre el intento
le he echado mil indirectas,
luego me sale al encuentro
con que es una buena hija;
que su padre ha tanto tiempo
que nos sirve; que el honor
de una doncella, y el riesgo
de su abandono, requieren
grandísimos miramientos;
que las gentes formarían
mil juicios; que por rezelos
no se ha de juzgar á nadie;

y por remate de cuentos,
me encaxa un sermon, con dos
ó tres docenas de exemplos,
que me fuera por no oirlo
al fin del mundo.

Ferm. Es molesto
con sus benditas sandeces:
cada qual tiene su genio
en aquesta vida: yo
soy pecador, lo confieso;
pero no tengo otra falta:
de todas las cosas pienso
perversamente: será
muy malo; pero yo acierto.

Mart. ¡La inocente! vaya, ¡si
de rabia estoy que rebiento!
estoy por ir y sacarla
asida de los cabellos.
¡Dios me libre de aguas mansas!
con aquel recogimiento,
aquella falsa modestia,
y siempre mirando al suelo,
parece que no ha quebrado
un plato en su vida! Fuego
con su virtud.

Ferm. ¡La virtud!

¡la virtud! ¿dónde está eso?
Que la busquen con candiles,
y si la encuentran, consiento
en que me saque las muelas
un aprendiz de barbero;
yo no me he hablado en mi vida
con quien la tenga: lo cierto
es que una muger de rompe
y rasga, que hecha de un terno
á rodar todos los chismes
de una casa, la prefiero
á estas mogigatas, estas
embusteras, que fingiendo
humildad y devocion,
modestia y recogimiento,
suelen dar unos petardos
asombrosos: en efecto,
la Inesilla es una prueba
de mi sistema, y si presto
no se da un corte, la cosa,
segun ha tomado vuelo,
tendrá resultas, resultas
de importancia.

Laura. Yo no puedo
sufrir esta demasía,
Don Fermin.

Mart. Si en el momento
no salen de casa, yo
me salgo de ella, y no vuelvo
jamas: ¿qué? yo sufriria
tan indigno menosprecio
de mi persona, y que una
criada... vaya, si pierdo
el juicio.

Ferm. La conferencia
es larga.

Laura. Me desespero.

Mart. ¿De qué tratarán, que dura
tanto el coloquio?

Ferm. Pues, ¿eso
duda vm.? yo sin oirlo
lo juraré, por supuesto:
la muchacha es compasiva,
él un corazon muy tierno,
tal para qual: hablarán
de ansias, fatigas, tormentos,
congojas, penas, martirios,
sobresaltos, desconsuelos;
se afligirán, llorarán,
ponderarán el funesto
estado de una pasion

tan exâltada, el rezelo
de que el hado, la fortuna,
los astros, el firmamento,
todos los siete planetas,
ayre, agua, tierra y fuego,
priven, estorven, impidan,
malogren el cumplimiento
de tanto amor, tanta fé,
y tan ardientes deseos;
y resultará de todo,
que para pronto remedio
de tanto mal, riesgo tanto,
tanto susto, y tal empeño;
la medicina mas sana
es el santo Sacramento
de un matrimonio, que harán
á pesar del mundo entero.

Laura. ¡Qué mi marido no venga
para que vea si tengo
razon en quanto le digo!

Ferm. Chi, Don Juan, disimulémos.

Sale Don Juan.

Juan. ¡Señoras!

Laura. Señor Don Juan,
segun parece, hace tiempo

que está vm. en casa.

Juan. No;

habrá unos cortos momentos
que llegué, y un encarguito
quise hacer á Inés, primero
que me pasase á ofrecer
á vms.

Mart. Sí, desde luego
se echa de ver que es asunto
importante por extremo,
quando se prefiere á todo
lo demas.

Juan. Lo es con efecto,
señora.

Mart. Sin que lo jure
vm., le daré yo asenso;
y fio que Inés hará
quanto dictáre el deseo
de vm. para complacerle;
es bondosa por extremo,
servicial, agradecida
y amable; no tiene pero
la muchacha; sabe Dios
quán grande es el sentimiento
que me causa su salida

de casa: mas no hay remedio,
hoy saldrá; que tanto bien
aquí no lo merecémos.

Vase.

Juan. ¡Inés sale! ciertamente,
señora, que no penetro
el motivo, y me sorprehende
la noticia.

Laura. Yo lo creo;
para mí tambien ha sido
inopinada, y protesto
á vm., que á no haberlo visto,
no creyera el fundamento
para esta resolucion;
pero es ya tan manifiesto
el caso, que no hay arbitrio
de dudar lo que estoy viendo.

Vase.

Juan. Don Fermin, estoy corrido
de esta injuria, y fuera necio
sino entendiese que yo
soy la causa de este empeño
tan descortés, vergonzoso,
impolítico y grosero:
y vive Dios...

Ferm. Vaya, vaya:
¿vm. hace caso de eso?
¡Qué al contrario piensa el hijo
de mi madre! Nada ménos;
de las mugeres se hace
un absoluto desprecio,
se tratan á la vaqueta,
y de todos sus enredos,
sus amores, sus desvíos,
sus pesadumbres y zelos,
el buen soldado de amor,
el veterano perfecto,
el héroe aguerrido en lindes,
escaramuzas, encuentros,
batallas, sitios, conquistas,
riñas, pendencias y duelos,
hace un lio, un envoltorio;
y á la mochila con ello.
Juan. ¿Pero yo, qué causa he dado
para ese procedimiento
tan irregular?
Ferm. ¿Con que
vm. lo ignora? ya veo
que no sabe de la misa
la media.

Juan. Yo no penetro
el motivo: ¿vm. lo sabe?
Ferm. Sí señor; ¿no he de saberlo?
Doña Laura es el demonio;
Doña Martina, no quiero
decir nada: ellas proyectan
clavar á vm., digo esto
inter nos, de amigo á amigo,
y baxo de aquel secreto
que yo acostumbro: han olido
que vm. es algo propenso
á la Inés: y hace muy bien,
que yo me hiciera lo mesmo;
porque, amigo, la muchacha
es un bocado sin hueso;
y merece que á sus plantas
los militares de Venus
y Cupido, rindan todos
los marciales instrumentos,
de banderas, estandartes,
bombas, cañones, morteros,
fusiles y vayonetas,
cartucheras y sombreros,
tambores, pitos y flautas,
para erigir un trofeo

á aquellos ojos benditos,
que parecen dos luceros,
dos fósforos, dos candiles
que iluminan á los ciegos,
de modo que... ¿vm. me entiende?
Como digo de mi cuento,
estan rabiosas, zelosas,
y para darse á los perros;
y como son tan malvadas,
para vengarse han dispuesto
una máquina, un embrollo,
una califa de enredos
diabólica: cuente vm.
que para punto primero,
pondrán á Inés de patitas
en la calle; y para ello
alborotarán la casa
en quanto venga Don Pedro,
y habrá la de Dios es Christo:
item, el pobre Don Diego
irá, como allá decimos,
la soga tras el caldero;
luego al Coronel, al tio
de vm., que segun entiendo,
con Doña Martina quiere

casarle: digo, á lo ménos
ellas lo dicen, que yo
que me quemen si las creo,
porque mienten infinito:
le dirán de verbo ad verbum
lo que han visto, y lo que no
han visto; y está indispuesto
vm. con su señor tio,
metiéndole en el aprieto
de negar, y no tratar
á la muchacha, y con estos
enredos hacen su agosto;
y por remate del cuento
le obligan á dar la mano
á Doña Martina. Esto,
señor mio, es lo que pasa:
con que á poner el remedio
conveniente, y no dormirse,
que yo como verdadero
amigo, para este fin,
quanto valgo y quanto puedo,
ofrezco sin ceremonia;
porque yo no soy de aquellos
botarates, fanfarrones,
que todo es ofrecimientos,

exâgeracion, promesas,
afectaciones, obsequio,
palabras, mucha prosa,
y al remate, cumplimientos.

Vase.

Despues de una ligera suspension.

Juan. ¡Desventurado! Esta es
la causa del menosprecio
que he sufrido: ¿estas mugeres,
cómo pudieran, á ménos
de mirarse interesadas,
mostrar un resentimiento
impertinente? No hay duda.
El Coronel ha dispuesto
unirme á Doña Martina:
¡ó Dios! ¡cómo, cómo puedo
saberlo sin que la angustia
me ahogue! Inés, dulce dueño

Llegando á la puerta del quarto de Inés.

de mi alma, oye mi pena.
Ven, compadece el tormento

Sale Inés.

de un infeliz... quán fundados
eran mi bien, tus rezelos:
el Coronel ha tratado,

(ahora acabo de saberlo)
casarme con tu señora:
¡ó qué dolor!

Inés. ¡Santos cielos!
¿será verdad?

Juan. Sí, se trata
unirme con ese objeto
de mi furor: esa vana
muger, que ni aun mi desprecio
merece: nuestros amores
ya son públicos: muy presto
el Coronel imperioso
me obligará al cumplimiento
de su voluntad; y yo...

Inés. ¿Consentirás?

Juan. ¿De mi afecto
lo puedes temer? Yo voy
á perderme: sí, resuelto
le diré que te amo; y fino
hasta en el último aliento
de mi vida te amaré:
que tú eres mi amor, mi anhelo,
mi esposa, mi dulce esposa,
mi único bien, mi universo,
y mi gloria.

Inés. ¡O qué ventura
para mí!
Juan. Ventura, ¡ó cielos!
¿Ignoras mi situacion?
El doloroso secreto
que ha poco te descubrí,
ó qué daño tan inmenso
hace á mi amor, ¡infeliz!
Desde los años primeros
de mi vida, vago, ausente
de la patria, el hado adverso
me arrebató para siempre
de los brazos halagüeños
de mi padre, de aquel padre,
que tantas veces en ellos
dulcemente me estrechaba:
en vano en todos los reynos
de España le busco ansioso;
temeroso y encubierto,
á obscuro fin arrastró
su mísera vida, huyendo
de la muerte á cada instante.
¿Yo sin ventura, que puedo
por mí? Ni aun llamarme hijo
suyo; quanto valgo y tengo

es del Coronel, de cuya
liberalidad dependo
enteramente: por él
vivo, todo se lo debo:
¿cómo podré resistir
á su voluntad? Su genio
inflexîble, la dureza
de su carácter violento,
¿sufrirá mi inobediencia?
No es posible: su despecho
descubrirá que no tiene
conexîon, ni parentesco
conmigo; me privará
de su amistad, y resuelto
en su determinacion
rebocará el testamento,
que sin esperanza ya
de hallar á su hija, ha hecho
aquí, por el qual me nombra
(como sabes) heredero
de sus quantiosos bienes:
voy á ser en un momento
reducido á miserable
indigencia, y menosprecio
de todos; y en tanto tú,

hecha lastimoso objeto
del ódio de estas mugeres...
¡ó pesar! Ya lo han resuelto;
saldrás con tu honrado padre
de esta casa: ¡sentimiento
insufrible! ¡Ay! por mí pierdes
la comodidad, sustento,
y quietud que has disfrutado
en ella: yo soy el fiero
enemigo, que he podido
causar este mal inmenso
á tí, y á ese pobre anciano;
perderte y perderme á un tiempo:
á Dios, Inés.

Inés. ¿Dónde vas?

Juan. Donde el irritado cielo,
que en su cólera me dió
el aborrecible aliento
que respiro, satisfaga
su indignacion; me iré huyendo
á los mas remotos climas
del mundo: no, ya no puedo
verte mas, á Dios; y á Dios
para siempre.

Inés. ¿Así en el fiero

dolor que me oprime, huyes
y me abandonas; y léjos
de fortalecer mi alma,
la dexas en desconsuelo,
llanto y pesar anegada?
Vuelve á mí, mira en mi pecho
desolado la ternura
de una esposa, los afectos
de un corazon todo tuyo,
el cariño mas sincero
de un alma fiel, la congoja
que me oprime, los tormentos
que voy á sufrir: ¿serás
tan insensible, tan fiero,
que añadas á tantos males
el insufrible, el violento
dolor de tu ausencia? ¿Cupo
en un amor verdadero
tan dura resolucion?
Juan. Cupo en el cruel extremo
de mi dolor; ¿qué me resta?
morir: nada, nada veo
sino pesares; unidos
mil infortunios viniéron
sobre mi amor desdichado.

Inés. Si fuera cierto,
como lo dices, ¿pensáras
abandonarme? ¿Qué imperio
tienen las adversidades
sobre el amor? ¿ó qué esfuerzo
basta á desunir dos almas
que él estrecha? ¿Será ménos
tu constancia que la mia?
¡Ay! Advierte que el momento
de tu partida lo es
de mi muerte: sí, lo veo.
Este, cruel, será el fruto
de tu flaqueza, y el premio
de mi afecto; ¿y tú me amas?
Huye, insensible, huye léjos
de mí: tu amor es un vano,
un especioso pretexto
con que alucinaste una alma
inocente: dame, ¡ó fiero
robador! aquella paz
que me arrancaste del pecho
Inés. ¿Me amas?
Juan. ¡Pluguiera al cielo
que mi ventura igualase
á mi amor!

con tus pérfidos halagos,
y déxame; yo consiento
en no verte, sí, á no verte
para siempre me condeno.
¡Para siempre! ¿Esposo amado,
me dexarás?

Juan. ¡Dios inmenso!
¿sufrirás que amor tan puro
sea perseguido? El cielo,
dulce esposa, el cielo santo,
á cuyo arbitrio supremo
se mueven las voluntades
de los hombres, cuyo imperio
todo lo abraza, no quiera
que te abandone; primero
muera este infeliz (feliz
en poder llamarse dueño
de voluntad tan heroyca)
que rendido al hado adverso,
se humillase á la flaqueza
de dexarte; sí, prometo
á tu lado padecer
adversidades, tormentos,
desnudez, hambre, fatigas,
insultos y menosprecios,

hasta morir por quien ama
con amor tan verdadero.
Inés. Y mi fé, dulce bien mio,
superior á males, riesgos,
peligros y desventuras,
y á pesar del mundo entero,
ó premiará tu constancia,
ó morirá por hacerlo.
Juan. Pues á esperar y sufrir
con valor y firme pecho.
Inés. A vivir, y ser dichosos,
ó morir por querer serlo.

ACTO SEGUNDO.

Salen Don Fermin y Antonio.

Ferm. ¿Con que Don Juan se marchó
al instante, y todavía
no ha vuelto Don Pedro?
Anton. Ya
tardará poco: este dia
se ha detenido algo mas
que acostumbra.
Ferm. ¿Y la Inesilla

está sola?

Anton. Me parece.

Ferm. ¿Pues, y su padre?

Anton. Saldria
de casa habrá media hora,
y aun no ha vuelto.

Ferm. Peregrina
ocasion se proporciona
para quatro palabritas
que pienso decirla: acecha
si acaso Doña Martina,
ó Doña Laura, se vienen
por acá.

Anton. De la familia
nadie parece.

Ferm. Bien: todo,
Antonio, se facilita
en habiendo ingeniatura;
presto verás maravillas
pasmosas: y si las cosas
resultaren á medida
de mi gusto, tendrás tú
ventajas reconocidas,
y adelanto en tu fortuna.

Anton. ¿Pues vm. qué solicita?

Ferm. Desbancar al Capitan
Belisario: la conquista
de las Malucas no fué
de tanto afan y fatiga
como esta plaza de Inés.
Vaya, está fortalecida
á prueba de bomba: ¡quántos
asaltos á escala vista
la he dado! Y en vano siempre:
con la mayor ignominia
fuí rechazado de modo
que á la militar pericia,
no le quedó mas arbitrio
para llegar á rendirla
sino el sitiarla por hambre;
y en estando reducida
al último apuro, entrar
el comboy, y fuéron dichas.
Anton. ¿Y qué tengo de hacer yo?
Ferm. Una cosa muy sencilla:
ver y callar.
Anton. Bien: yo muero
por Dios: á quanto me diga
listo; pero dudo mucho
que el intento se consiga:

es uraña; y sobre todo
no la perderá de vista
D. Diego; en su ausencia ha sido
fácil hablarla, y decirla
qualquier cosa; pero ahora
yo no sé lo que le diga
á vm.: y Don Juan, que tanto,
segun parece, la estima,
no consentirá...

Ferm. Ese pleyto
se pasó en vista y revista,
y le pierde: tú no sabes
la maraña peregrina
que yo he tramado: Don Diego
hoy mismo, sino lo libra
Dios, saltará de la casa
por supuesto con la hija:
tú quedas de mayordomo,
y consigues infinitas
ventajas; ellos perecen,
y la cólera se humilla
de la muchacha: el Don Juan,
mediante la tremolina
de enredos que yo he fraguado,
y que presto á la noticia

del Coronel, llegará
el proyecto que medita
de casar con ella, queda
en necesidad precisa
de no tratarla, ó se expone
á perderse; y si porfia
en ser majadero, al punto
el Coronel toma pipa,
y se lo lleva á Alemania;
con que el estorvo se quita
de mi intento, y siempre sale
la cuenta.
Anton. ¿Y Doña Martina,
que por él se seca? En viendo
que se va, queda bonita.
Ferm. Lo mejor del caso es,
que la tengo persuadida
á que el tio quiere en casa
juntar sobrino y sobrina
para alivio de sus huesos;
vaya, que es cosa de risa.
Tanto sabe el Coronel
del casamiento á que aspira
la boquirrubia señora,
como yo de cantar misa.

¡Pobre boba! se ha tragado
toda la maraña mia
sin tocar en barras: ¡vaya!
estará que echará chispas
en descubriendo el embrollo.
Pues no digo la hermanita:
¡cuerpo de Dios, qué coleto
me pondrán sus señorías!
Bien, allí me las den todas:
la cosa está reducida
á que me llamen chismoso,
oráculo de mentiras,
trapalon, enredador,
y algunas otras cosillas
á mayor abundamiento:
santas pascuas; en su vida
pueden ellas decir otra
verdad tan clara y sencilla:
bueno; que no sean tontas:
¿pues acaso es culpa mia
que tras de no tratar mas
que enredos, bachillerías,
chismes y cuentos, no entiendan
el christus de la cartilla?
Salte Inés, y mas que salten

ellas tambien para arriba.
El amor es una guerra
general, establecida
desde el principio del mundo;
en la que se verifican
bloqueos, sitios, batallas,
choques, asaltos, conquistas;
unas veces frente á frente;
otras con ardid, intriga,
y maniobra secreta:
y pues inútil se mira
la fuerza, con arte y maña
es preciso que se rinda
esta plaza.

Anton. ¿Y si el enredo
se descubre?

Ferm. No te aflijas;
yo salgo á todo: en mi casa
siempre tendrás acogida
y pan; y aun si tú quisieras
enganchar con la Inesilla,
te acomodára.

Anton. Lo creo:
gracias.

Ferm. Te juro por vida

de hombre de honor, que te haré...

Anton. Coronel de Infantería
lo ménos.

Ferm. Sino acomoda,
dexarlo.

Anton. Doña Martina,
y Doña Laura. *Vase.*

Ferm. Pues lleve
el demonio su venida:
ya no puedo hablar á Inés.
¡Señoras!

Doña Laura y Doña Martina.

Laura. Se necesita,
Don Fermin, que vm. apoye
las oportunas medidas
que para el caso tomamos:
es diligencia precisa,
que vm. vea al Coronel,
y le informe á la hora misma
de todo lo que ha pasado;
sí señor, para que en vista
del caso, apoye la idéa;
y aunque mi marido insista
en sus entusiasmos, haga
que el Don Diego y la Inesilla

salten hoy mismo.

Mart. Eso, eso
es lo que importa, á fé mia
que no lo cuente por gracia;
no se ha de burlar la niña
de nosotras: Don Fermin,
en vm. tan solo estriva
el logro: dígale al tio,
con la reserva precisa,
que sin quitar este estorvo
no es dable que se consiga
el casar á su sobrino
conmigo, porque la linda
de la Inés, con sus astucias
lo saca de sus casillas:
vaya vm., no se detenga;
pero cuidado, no diga
que sale de mí.

Ferm. De modo,
que en efecto, señorita,
es esta una comision,
que, la verdad sea dicha,
tiene un no sé qué, que no
me resolveré á servirla
sin violentarme: vm. mande

quanto guste; y de mi vida,
hacienda y poder disponga,
que en cosas que no desdigan
de mi genio, ciertamente
su boca será medida;
pero esta cosa repugna
á mi carácter.

Laura. ¿Que diga
vm. eso, Don Fermin?
¿Pues hay cosa mas sencilla,
mas natural, ni mas fácil,
que este paso? ¿Temería
vm. que lo descubramos?

Mart. ¿No somos nosotras mismas
interesadas en que
Don Juan en jamas consiga
ver por dónde se le llueve
la casa?

Ferm. Bien, señorita;
pero esto tiene unos visos...
yo no sé cómo podria
decirlo, sin ofender
á vms.: se me imagina
que es chisme, sí; chisme: y yo,
¡vaya! perderé la vida,

primero que andar en cuentos,
ni enredos. ¡Jesus Maria!
Me muriera, si supiese
que pudiera alma nacida
tacharme de *lleva y trae*;
perdone Doña Martina,
que la chismografia es ciencia
para mí desconocida.
Laura. ¿Pues cómo se ha de hacer?
Ferm. ¿Cómo?
¿Acaso se necesita
mas que informar á Don Pedro
de todo? Sí; en la hora misma
que llegue, como leonas
embestirle, y á porfia
alborotarle los cascos;
mover una chamusquina
estrepitosa, y que arda
Troya, como esotro dia
quando faltáron las joyas;
que solo Doña Martina
habló mas que un sacamuelas.
¡Jesus! Con la greguería
saqué la cabeza yo
como un alano: es divina

su gracia para el efecto,
sin perjuicio de la linda
habilidad que vm. tiene,
Doña Laura; porque amiga,
lo que es aturdir, lo hace
vm. á mil maravillas:
con que pues Dios ha dotado
á las dos, por su benigna
providencia, de esas voces
tan claras, sonoras, limpias
y armoniosas: asirse,
que consienta, que resista,
á las orejas, y á duo
sonarle las chirimias
de sus barridas gargantas;
que como Dios no le asista,
no solo echará él á Inés
de casa, sino á fé mia,
los sesos por las narices
echará solo de oirlas.

Mart. Cierto, Don Fermin, que vm.
exâgera á maravilla
las cosas; y unas alhajas
de tanto valor y estima
como las que me robáron...

á qualquiera causarían
un pesar.

Laura. No, no hagas caso,
es genio suyo; no atina
á hablar, sino exâgerando;
por eso...

Ferm. Señoras mias,
esto no es mas que el elogio
y alabanza merecida
de tan rara habilidad:
lo que importa es que se sirvan
con acierto de ella, y no
malogren la peregrina
gracia que el Señor las dió
para el caso; que sería
una falta irreparable
dar al Coronel noticia
de nada: ¿no ven vms.
que al punto sospecharía
la gana del matrimonio?
haga vm., Doña Martina,
como todas, disimulo,
desdenes, gazmoñerías,
encogimiento, modestia,
pudor, miedo, hipocresía

de amor en una palabra;
y en viéndolo á tiro, niña,
clavarlo de medio á medio,
y que se quite de encima
la arracada: ¿piensa vm.
que cazar hombres hoy dia
es ir á caza de gangas?
Bueno está el tiempo: por vida
de quien lo entiende, que hay
paxarraco que divisa
el cazador á diez leguas,
y á veinte advierte la liga,
y á treinta le da el olor
á polvora; y al sentirla
toma vuelo, y en doscientas
al cazador no se arrima:
vm. vé que ya me queda
poco pelo, y á fé mia,
que tuve mucho y muy bueno,
como que causaba envidia:
¿piensa vm. que lo he perdido
de estudiar filosofia,
álgebra, mágica blanca,
canónes, alveytería,
ó recoger antiguallas?

De escudriñar las doctrinas
de amor me he quedado calvo:
que es la ciencia mas prolija,
mas sutil, mas encrespada,
mas enredosa y maldita,
que halló el Infante Don Pedro
el de las siete partidas.
En suma, á Don Pedro, á él;
apretarle las clavijas
hasta que salten las cuerdas,
que yo acá de parte mia
haré de un diablo dos
por apocarlos; y unidas
nuestras fuerzas, la victoria
será pronta y decisiva.

Laura. Pues bien, Don Fermin, vm.
lo proporcione y dirija
como sabe, y hasta luego.

Vase.

Mart. En su habildad estriva
el acierto, con que así,
cuidado. *Vase.*

Ferm. Bien: id malditas
de barrabás: ¿habrá bestias
mas bestias y embrutecidas

que estas mugeres? ¿No es bueno,
que ven que apénas las mira
el Don Juan, quando las habla;
que el Coronel las visita
poco, y con mucha etiqueta,
sin que uno ni otro las diga
nada relativo al caso;
y viven tan presuadidas,
solo porque yo lo digo,
como si con ellas mismas
se hubiera tratado? ¡vaya!
la muger mas entendida,
en tocándole el registro
del matrimonio, delira:
si en viniendo el Antichristo
las arma esta zancadilla,
se las lleva á los infiernos
á bandadas; está vista
la vocacion: todas, todas
como las capellanías
piden varon; pero ya
es tarde, y cosa precisa,
que Don Pedro vuelve á casa;
y Don Diego por la misma
razon vendrá pronto: voyme

ántes que la tremolina
se enrede.

Vase, y salen Don Diego y Don Pedro. Al salir Don Fermin hace una reverencia á los que entran: Don Pedro lo mira con indignacion y desprecio hasta perderle de vista.

Pedro. ¡Qué buena hoja!
¿y que guste mi familia
de este botarate?

Diego. El
es quien me ha dado noticia
de lo que pasa.

Pedro. Acabára
vm.: pues todo es mentira.

Diego. Yo lo conozco muy bien;
sé su propension maligna
á enredar, y mover cuentos
y chismes; y que en Sevilla
le llaman Don Faramalla,
por las marañas indignas
que trama, no sin quebranto
alguna vez de familias
muy honradas; mas con todo,
siempre la prudencia dicta

estar á lo mas seguro;
vm. en cuya benigna
confianza hoy deposito
los secretos de mi vida,
honor y seguridad;
y que sabe en este dia
quién soy, y quién es Inés,
su nobleza clara y limpia,
su mérito, y la fortuna
que la suerte mas propicia
pudiera proporcionarla,
no extrañará que yo insista
en los medios racionales
de evitarla la ruina
á que se expone, y que aprecie
las sospechosas noticias
de un detractor como ciertas,
que tomadas las medidas
oportunas á impedir
el daño, nada peligra,
y poco se pierde, caso
de que no se verifican.

Pedro. Dice vm. muy bien; y pues
anda léjos la familia,
entrad, que yo con cariño

exâminaré á la chica,
y despues segun veamos
así harémos: Inesilla,
muchacha.

Don Diego se entra á la habitacion de Don Pedro, y sale Inés.

Inés. Señor.
Pedro. Acerca
á este lado un par de sillas:
ven acá, siéntate en esa,
siéntate: muy afligida
estás, pienso que has llorado,
qué tienes, ¿he? No lo digas,
que yo poco mas ó ménos
lo sospecho: ¡pobrecita
Inés! estás enamorada:
¿no es verdad? No llores, hija,
que amar no es vicio; es virtud
amar, y virtud muy digna
de elogio, si es racional
el amor; ¿pues qué sería
del mundo si amor faltára?
Vaya, Inés, yo sé que ha dias
amas, y á quien; pero quiero
que claramente me digas

quánto hay en el caso; tú
sabes mi honradez, la fina
voluntad con que á tu padre
estimo, y que desde niña
te has criado en esta casa,
tratándote como á hija:
yo te amo, Inés: mi deseo
es tu bien; con que así explica
sin reserva lo que hubiere,
y cuenta conmigo: mira
que importa el que yo lo sepa:
mas vé lo que tú imaginas.

Inés. Señor, yo...

Pedro. Vaya, me enfadas
con esas gazmoñerías:
vé que hablas conmigo: dí
la verdad clara y sencilla.

Inés. Mi padre....

Pedro. Tu padre es hombre
de probidad conocida,
de entendimiento y prudencia,
y hará quanto yo le diga:
acaba.

Inés. Señor, es cierto
amo á Don Juan.

Pedro. ¿Y él te estima
de veras? ¿de modo que
puedas estar persuadida
de que no hay doblez, ni engaño
en su trato? Porque, hija,
en los hombres de estos tiempos
se encuentra mucha malicia:
cuidado.

Inés. Señor, son tantas,
tales, y tan repetidas
las pruebas de su cariño,
que me parece sería
injuriarle sospechar
de su lealtad: infinitas
veces me ha jurado amante
eterna fé: y este dia
con lágrimas abundosas
la palabra me confirma
de esposo.

Pedro. ¿Pues sabes que
me alegro de la noticia?
Es un partido excelente,
porque está reconocida
la honradez de ese muchacho.
¡O! son sus prendas muy dignas

de estimacion; no, no es
de lo que ahora se estila,
porque está perdido el mundo:
pero muchacha, ¿ qué hacias
que á padre, ó á mí á lo ménos,
no contabas lo que habia
en el caso? ¡ Si sois locas:
Al padre se comunican
estas cosas; Dios lo manda
y la razon; que las hijas
sin consejo, quando piensan
ganarse, se ven perdidas:
has hecho mal.

Inés. Señor, era
esta reserva precisa.
Don Juan pende enteramente
de su tio, y no queria,
ni quiere darle pesar.

Pedro. ¿ De qué?

Inés. De ver que se humilla
á casar con una pobre
criada; y con esta mira,
y la de verle tan viejo
y achacoso, determina
esperar su muerte, y luego

no quedando quien impida
sus fines...

Pedro. ¿ Con que tú piensas
que el Don Juan se humillaría
casando contigo ? Pues
te engañas , porque es muy limpia
tu sangre ; ni eres tan pobre
como piensas , hija mia :
además que tu virtud
es tu riqueza mas digna;
lo demas son vanidades
de mundo : ¿ por qué suspiras?
¿ qué llanto es ese? ¿ qué hay ?
Dí, ¿ qué sientes?

Inés. La desdicha
mas lamentable.

Pedro. ¿ Y quál es ?

Inés. El Coronel determina
casar á Don Juan.

Pedro. ¿Con quién ?

Inés. No lo sé ; pero se afirma
que es la novia una señora
muy principal de Sevilla.

Pedro. ¿ Y Don Juan conviene en ello?

Inés. No señor ; mas si se obstina

el tio....

Pedro. Dios te perdone
el susto que ya me habias
dado; descansa, y no temas,
que todo tendrá salida,
mediante Dios, y yo haré
las diligencias precisas
para saber qué hay en eso.
El Coronel, hija mia,
es hombre de honor, y buen
christiano, que es la mas digna
honradez; y aunque medite
otra cosa muy distinta,
en sabiendo lo que hay
de por medio, no te aflijas,
que todo se allanará:
no, no hay cosa que desdiga,
en tí; yo sé que tú eres
tan hidalga y bien nacida
quanto pudiera ser otra;
y aunque pobre, no estás, hija,
tan descalza como piensas;
sí, yo lo afirmo, á fé mia:
pasa de veinte mil pesos
tu dote: ¿te maravillas?

Pues yo lo digo, ya sabes
que aborrezco la mentira:
con que cuidado, y á nadie
palabra del caso digas;
¿me entiendes? á Dios.

Vase por donde entró Don Diego.

Inés. El premie
tanta bondad. ¡O! ¡qué dicha
para mí tan no esperada!
¡Quán feliz el que confia
en vos, señor! Pero ¿cómo
es dable, que tan crecido
sea mi dote? mi padre
guarda ciertas alhajillas
que sirviéron al adorno
de mi madre: él las estima
y custodia con esmero,
y me dice repetidas
veces, que para mi dote
las reserva; bien podria
que valiesen todo eso:

Viendo venir á Don Juan, y adelantándose á recibirle.

pero él es, él es.... Albricias,
esposo; ya mi ventura

es cierta : ¡ah! ¡cómo podria
decírtelo! Todo es
felicidad : y propicia
fortuna nos favorece.
¡El corazon de alegría
salta en mi pecho! ¡O! ¡qué bello
es el luminoso dia
tras la tormentosa noche!
Juan. ¿Qué dices, mi bien? ¿deliras?
¿pudo el alto dolor, pudo
la pesadumbre maligna
turbar tu juicio? ¿Esta pena
mas? ¿qué venturas, qué dichas
puedo prometerme en tanta
desolacion? Afligida
mi alma lucha angustiada
con mil penas, y vacila
su constancia. ¡Ay! amor solo
me sostiene, y con tu vista
reanima mi corazon
la flaca y desfallecida
fuerza que ya lo abandona.
Mi bien, no, no con fingidas
esperanzas me alimentes:
ya mi suerte decidida

está; morir por amarte
es la resolucion mia:
no te dexaré.

Inés. ¡O! ¡qué dulces,
qué halagüeñas y expresivas
son tus palabras! ¡Ay! derraman
un torrente de delicias
en mi alma: ¡quán felice
me contemplo al verme digna
de tanto amor! mi ternura
se reconoce vencida
de tus nobles sentimientos:
finezas tan exquisitas
no se perderán; el cielo,
el cielo, sí, determina
que sean premiadas; ya
la fortuna facilita
nuestra union: mi amo, que sabes
con quánto afecto me estima,
y quán benigno es, acaba
de asegurar nuestras dichas,
y su amistad vencerá
con tu tio....

Juan. ¡Desatinas
Inés! ? Pues acaso ignoras

que el Coronel determina
casarme con su cuñada?
¿cómo pueden ser sencillas
las promesas de tu amo?
¡Ah! Temo que su malicia
abusa de tu candor;
mas natural es que elija
favorecer un proyecto
que le interesa: si fias
en sus palabras....

Inés. No temas
de su honradez tan indignas
tramas; él sin duda ignora
lo que el Coronel medita:
creo que solo mis amas
han de tener la noticia
de este trato: mas Don Pedro...
disimula.

Sale Don Pedro.

Pedro. Yo salia,
Don Juan, á buscar á vm.:

Vase Inés.

retírate adentro, niña.
Vaya, amigo; Inés me ha hecho
una confesion sencilla

de su amor, y yo me alegro,
de que vm. discreto elija
una muchacha tan bella,
y en quien concurren las dignas
qualidades, que el acierto
de una eleccion califican.
Lo primero, sepa vm.
que es de muy noble familia,
y á su tiempo se hará ver:
su persona está á la vista;
es preciosa, y su virtud
es una cosa que admira.
¡O! Es muy honrado su padre,
y le da buena doctrina:
tambien sé que el tio ignora
el caso, y tiene la mira
en otra dama: no importa,
porque la mediacion mia
lo allanará todo; y caso
de que el Coronel resista,
vm. no tema; que yo
soy padrino de la chica.
Juan. Señor, con rubor confieso
no ser digno de la dicha,
que por honrarme mi tio

oficioso solicita:
libre del intenso afecto
con que á Inés amo, sería
mi gloria llamarme esclavo
de tal dueño: mas mi vida,
mi amor y mi libertad,
ya es de Inés.

Pedro. Pues en el dia
se ha de arreglar todo, ó poco
podré yo: las cosas vivas;
sí señor, que yo tambien
he servido en la milicia
de amor, y la diligencia
la victoria facilita:
he, pase vm. adelante,
y hágalas una visita
á madamas, miéntras yo
voy tomando las medidas
conducentes para el caso.

Conduce á Don Juan hasta la puerta principal.

Sola está Doña Martina;
vaya, entreténgala vm.
un rato; que es una chica
de mérito. *Vase Don Juan.*

Sale Doña Laura por una de las puertas colaterales.

Laura. Alabo mucho
la pachorra tan bendita
de vm.: ¡toda la mañana
fuera de casa!

Pedro. ¿Pues hija,
estando tú en ella, hago
falta yo?

Laura. ¿Quién imagina
tal cosa? En rezando vm.
rosarios y letanías
medio dormido, ya todo
va bueno; y que la familia
vaya como el diablo quiera
poco importa: mas valía
cuidar de la estimacion
de esta casa, que peligra
muchísimo; y ya en el pueblo
somos asunto de hablillas
y murmuraciones.

Pedro. ¡Cómo
es eso! ¿Qué significa
ese monton de palabras?
¿Qué ocurre? Vaya, dí, apriesa:

¿qué hay que corregir aquí?
Acaba: que quien no cuida
del buen nombre y fama, es digno
de reprehension; y la vida
con infamia es muerte: yo
vivo, como quien confia
en una esposa zelosa
de mi honor: ¿qué maravilla
es que repose tranquilo
en tu virtud conocida,
discrecion y vigilancia?

Laura. Sí señor, mucha doctrina,
mucha madurez; y nada
de lo que se necesita.
Si tiene vm. la cabeza
llena de filosofías
imaginarias. ¡Jesus!
¡Si yo supiera la vida
que me aguardaba!

Pedro. Acabémos:
¿qué hay de nuevo?

Laura. Que Inesilla
ha de salir hoy de casa.

Pedro. Agradezco la noticia:
¿y por qué?

Laura. Porque conviene.

Pedro. La razon es peregrina:
pero muger, ¿no sabrémos
qué causa ha dado la chica
para tal demostracion?

Laura. ¿A qué? si de repetirla
me duele la boca ya.
Pienso que no hay en Sevilla
quien ignore lo que pasa
con Don Juan y la divina
Inés, sí señor: se tratan
íntimamente, y no cuidan
mucho de ocultarlo, sí:
toda, toda la familia
es testigo; y toda ella,
de verlo, se escandaliza.

Pedro. ¡Muger!

Con ironía.

Laura. ¡Jesus, y qué juicios
tan temerarios! ¡qué indignas
sospechas! Una muchacha
tan virtuosa, y tan linda,
tan honesta... ¡Dios nos libre!
¡O! es muy grande la malicia
de satanás: la virtud

siempre será perseguida
en este mundo: el demonio
es sutil; agua bendita
en él, oracion y ayunos,
exôrcismo y diciplina.
¿No es eso?

Pedro. Vaya, estás loca.

Laura. Eso es lo que yo decía.
El diablo habla por mí: miente
todo el mundo; es una iniqua
persecucion; yo lo he visto;
no importa; todo se quita
con arrancarme los ojos.
¡Jesus! En hora maldita
vine á esta casa: ¿esto es
matrimonio? ¿es esto vida?
Esto es martirio, es tormento
y esclavitud; no se estima
mi parecer para nada:
si yo mando, por la misma
razon, no ha de ser la cosa;
aquí quien manda y domina
es solo el señor Don Diego,
con la honrada de su hija,
y la muger...

Pedro. Pero, Laura,
¿qué sirve esa taravilla,
y ese diluvio de voces
con que me aturdes? Explica
lo que has visto.
Laura. Lo que he visto...
á Don Fermin que lo diga.
Pedro. ¡O! Don Faramalla es hombre
de verdad; y si él afirma
la cosa, no hay que dudar.
Laura. Su formalidad...
Pedro. Es digna
de respeto; su prudencia
es una cosa que admira
á todo el mundo; su lengua
es de miel; su peregrina
discrecion y entendimiento
es un asunto que hechiza
á las gentes. ¡O! ¡es un pasmo!
Yo pienso que qualquier dia
le darán la presidencia
de un Concilio: ¿no imaginas
lo mismo tú?
Laura. Ya no es dable
sufrir tanta demasía.

Yo haré... *En ademan de irse.*

Pedro. Ven acá, muger:
¿qué has de hacer? sé comedida,
que no tienes razon: he,
al fin harás que te diga
lo que hay en esto. Habrás visto,
y eso es lo mas, que la chica
habla tal vez con Don Juan;
y sospecharás, en vista
de ello, que se aman: ¿no es esto?

Laura. Sí señor.

Pedro. Pues yo sabía
lo mismo; y me alegro mucho,
porque todo se encamina
honrada y christianamente:
la muchacha me confia
quanto pasa; su buen padre
se ha acogido á mi benigna
proteccion: Don Juan me ha dado
las pruebas mas decisivas
de su honroso proceder;
y yo debo en este dia
allanar dificultades
que ocurren, porque vencida
la repugnancia del tio,

el éxîto se consiga
favorable, y logre Inés
una colocacion digna
de su hermosura, virtud
y nobleza. Ya instruída
estás de todo, y ya ves
quán infundada es tu ira
contra la pobre muchacha;
y que la lengua maldita
de Don Fermin, que será
el autor de estas iniquas
murmuraciones, debiera
ser á trozos reducida.

Laura. ¿Con que se casa la Inés
con Don Juan, y vm. camina
de acuerdo, y es el padrino
de la boda, y quien abriga
este racional proyecto?
Pues, señor, si vm. se digna
de dispensarme el honor
de que yo, por parte mia,
concurra á tan dignos fines,
seré muy favorecida
en ello. Si vm. no está
loco, digo que en Sevilla

no hay locos; es muy gracioso
el cómo lo facilita.
El Coronel al instante
accederá á la manía
disparatada de vm.:
como es tan dulce y benigna
su condicion, ya se vé,
con un par de palabritas
se vencerá: sobre que
se me ha convertido en risa
la pesadumbre.

Pedro. Bien sé
que el Coronel solicita
dar estado á su sobrino;
y aunque quien es la elegida
ignoro, creo será
dama principal y rica:
pero á pesar...

Laura. A pesar
del delirio que lastíma
el juicio de vm., es ya
preciso que yo le diga
que esa señora, á quien quiere
anteponer una indigna
criada, cuya virtud

es la suma hipocresía,
y cuya clara nobleza,
hasta aquí desconocida,
se exâgera tanto, es
mi hermana Doña Martina. *Vase.*

Pedro. ¡Laura, Laura! ¡pues estamos
buenos! no en valde tenian
las dos tal oposicion,
tal ódio, y tal ojeriza
á la Inés; terrible apuro
es el mio: ¿y qué salida
hallaré en tan delicadas
circunstancias? No la atina
mi juicio; los intereses
de mi casa aumentarian
por este enlace infinito...
pero fuera una perfidia
detestable, que movido
de la sórdida codicia
prostituyese mi honor
y mi palabra: he, sería
un engaño, que cubierto
me dexára de ignominia
para siempre: ¿y qué es el oro
con la virtud? La Martina

pierde intereses: Don Juan
ni la amó, ni lo imagina;
con que en su honor no hay quebranto
miéntras la fama peligra
de Inés; y á mas mi palabra
se encuentra comprometida
expresamente; pues esto
ha de ser... pero esta altiva
muger, viendo que yo estorvo
sus designios, juntaría
el cielo y la tierra, y todo
fuera una guerra contínua
en mi casa... Dios es ántes
que todo, diga quien diga.
Antonio.

Sale Antonio.

Anton. ¿Señor?
Pedro. Ligero
acércate á la vecina
casa, y dile al Coronel,
¿que si puede en la hora misma
venir? porque importa mucho.

Vase Antonio.

Acercándose á la habitacion de Inés.

Inés.

Saliendo Inés.

Ven acá, ven hija,
que ya, ya sois todas buenas
alhajas; por vida mia
que está buena la deshecha:
¿con que era Doña Martina
la del cuento, y lo callabas?
Si digo yo, que la niña
mas pura y mas inocente,
en esta filosofía
de amar, sabe mas que San
Agustin de teología:
no me has metido en mal lance;
como se encuentre salida
á este laberinto, no
será malo: ¿lagrimitas
ahora? Si habláras claro,
quando yo te lo decia,
me hubiera yo reservado
de tu ama; pero hija,
lo has echado á perder todo:
si no sirve la mentira
para nada; ofende á Dios,
y los hombres la abominan,
porque es causa de mil males.

Inés. Señor, yo no me atrevía.
Pedro. A hablar verdad: ¿y te atreves
á mentir? Buena salida:
atiende á lo que te digo.
Yo he llamado muy aprisa
al Coronel, y él vendrá
al instante: yo, hija mia,
estoy contigo; no temas:
dile la verdad sencilla;
cuéntale como Don Juan
te ama, y que tú vencida
de sus prendas, de sus ruegos,
sus llantos y sus porfias,
lo amas tambien: que te ha hecho
mil promesas repetidas
de ser tu esposo, y que ya
se sabe en todo Sevilla
el caso; y entónces llora,
y arrójate de rodillas
á sus plantas, que al humilde
Dios le ensalza: he, no te aflijas,
que luego hablaré yo; y creo,
que aunque el Coronel resista
algun tanto, he de vencerlo.
Inés. Señor, yo... *Turbada.*

Pedro. Qué señoría,
ni qué haca; esto conviene:
quando no se necesita,
hablar por hablar; y en siendo
menester, enmudecidas:
¿no estoy yo aquí?

Inés. ¿Pero cómo *Mas turbada.*
podré yo hablar? Me atosiga
la pena, ¡ó Dios! El rubor
me sobrecoge: palpita
mi corazon: ¡ay! mis fuerzas
fallecen.

Pedro. Gazmoñerías:
alienta, que ya parece
que el Coronel se aproxîma.

Cae desmayada en brazos de Don Pedro.

Inés. ¡Dios mio!

Pedro. Muchacha, Inés,
Criados, Laura, Martina,
Don Juan, acudan vms.:
A un Criado que va á salir, y retrocede.
trae agua á toda prisa.

Salen Don Diego, Don Juan, Doña Laura y Doña Martina.

Laura. ¿Qué es esto?

Mart. ¡Qué es esto, hermano?

Precipitado para sostenerla, y recibiéndola en sus brazos.

Juan. ¡Esposa del alma mia!

El criado viene corriendo con un vaso de agua en una salvilla.

Criado. El agua está aquí, señor.

Entrando presuroso en su habitacion.

Diego. ¡Dios mio! *Vase.*

Juan. Señor, ¿respira? *A D. Pedro.*

Laura. No señor, no morirá. *A D. Juan.*

A Doña Laura.

Mart. No tendrémos tanta dicha.

Pedro. ¡Pobre muchacha! Don Juan, pongámosla en esa silla.

La cercan y colocan en una silla que habrá junto á la puerta de la habitacion de Inés: Don Pedro se aparta, y Don Juan queda sosteniéndola: Don Diego sale ahora, y le aplica un pomo de agua de olor á las narices: Inés afecta entónces movimientos convulsivos por intervalos.

Diego. Permita vm.: muchas veces *A D. Juan.*
las sirve esta medicina.

Sale el Coronel y Antonio.

Coron. Señoras, ¿qué es esto?
Laura. Nada,
que á su señora sobrina
de vm. le ha dado un desmayo;
y como su señoría
está en brazos de su esposo,
no pienso que en todo el dia
se le pase; que es el mal...

Sobresaltado.

Coron. ¿Qué sobrina, ni qué esposo?

Sale Don Fermin.

Ferm. Si no me engaña la vista
á Tarfe veo en el muro;
ya ha rebentado la mina.

Mart. Don Fermin, acuda vm. *Con escarnio.*
porque la Coronelita
se ha insultado.

Ferm. ¡Qué desgracia!
Pero aquí una medallita
hay de santa Elena: al pecho;
y verán vms....

Don Fermin hace ademán de llevar su mano al pecho de Inés, ésta afecta entónces un sacudimiento convulsivo, y da una bofetada de revés á Don Fermin: Doña Laura y Doña Martina se entran riyendo por la puerta principal: Don Diego, Don Juan y Don Pedro entran á Inés en su habitacion, y todo se executa miéntras Don Fermin dice sus versos.

¡Chispas
con el accidente! Lleve
el diablo á quien se lastíma
de mugeres: esta es
la primer vez que en mi vida
conocí la caridad;
pero aunque mil años viva...

Coron. ¿Vm. sabrá, caballero,
esto lo que significa?
¿Qué ha ocurrido en esta casa?

¿Y quién es esta sobrina
mia que insultada está,
y que Doña Laura afirma
que en los brazos de su esposo
se hallaba? ¿Será por dicha
esposa de mi sobrino
esa muger? Vm. diga
lo que sepa, porque yo
estoy loco.

Ferm. ¡La maldita!

Tentándose la mexilla.

¿pues no me ha hinchado la cara?

Coron. No es cosa. *Mirándosela.*

Ferm. Por vida mia
que no es nada lo del ojo,
y se le saltó la niña:
señor, el decirle á vm.
lo que saber solicita,
sería nunca acabar:
en esta casa anda el cisma
de Inglatera, sin mas
diferencia que allí habia
una sola Ana Bolena,
y aquí hay tres muy cabalitas;
á saber, la Doña Laura,

Inés y Doña Martina.
Su sobrino de vm. quiere
á la Inés, que es esa chica
del desmayo: es criada
de esta casa; pero es fina
como un coral, y al muchacho
lo tiene con sus caricias
tan hechizado, que está
su calavera perdida.
Doña Martina ha soñado
(lo sé de su boca misma,
porque como yo soy hombre
de secreto, me confian
sus puridades) que vm.
la tiene *in mente* elegida
para esposa de Don Juan;
y como esotra le quita
el pan de las manos, anda
dada á barrabás: la linda
de Doña Laura, que es
la muger de mas codicia
del mundo, viendo que vm.
es tan rico, es la que atiza
el fuego, y persigue á Inés
de muerte; y de abaxo á arriba

lo revuelve todo, á fin
de que salte la Inesilla
y el padre de casa: el amo
es de una pasta bendita,
y los quiere por extremo:
de manera que apadrina
á los novios, y no quiere
consentir en que la niña
ni el padre salten; de modo,
que la casa está perdida
de pesadumbres, enredos
y chismes; y en este dia
habrá habido algun rebato,
causa de la tremolina,
insulto y demas que vemos:
con que lo mejor sería
sacar de aquí á este muchacho;
de lo contrario peligra
de hacer algun desatino,
porque siempre lo sería,
ó ya case con la Inés
ó con la Doña Martina.
Coron. ¡Mucho dudo que Don Pedro
abrigase tan indigna
solicitud! Lo demas

pase: mas eso sería
muy ageno de su honor,
y de una amistad tan fina
qual es la que profesamos.

Ferm. Se conoce que ha tres dias
que vm. lo trata: es un hombre
que si le da la manía
los ha de casar sin licencia
del Vicario, en la cocina.

Coron. No, no es tan fácil.

Ferm. Vm.
perdone, que en la mexilla
siento dolor, y es preciso
ausentarme: buenos dias.

Vase por una puerta de los lados.

Coron. ¡Absorto estoy! ¿Es posible
que este mozo se dirija
tan desatinadamente?
¿Será dable que desdiga
de los honrosos principios,
y saludable docrina
que debe á mi educacion?
¿Y Don Pedro, que me estima
tan finamente, es capaz

de tal accion? Mas quien fia
en el hombre, fia mal:
aquí parece precisa
la prudencia: observarémos.

Sale Doña Laura.

Laura. ¿Volvió ya la señorita
del insulto?
Coron. No sé: estoy
fuera de mí.
Laura. Por mi vida
que no lo estoy ménos yo;
mas como vm. se dirija
por mí, se compondrá todo;
yo tengo largas noticias
de quanto pasa, y tambien
tomadas buenas medidas
para el remedio: hoy espero
me haga vm. la cortesía
de acompañarme á la mesa;
y miéntras que se aproxîma
la hora, se tratará
del caso, vamos: Martina
tendrá en mucho este favor.
La muchacha está afligida

del desayre; pero ella
tiene juicio, y con la vista
de vm. se consolará.
Dexémos con su manía
á mi esposo: está caduco;
pero hoy saldrá la Inesilla
de casa, que muerto el perro
tambien la rabia se quita:
no se detenga vm., vamos.

Coron. Acepto, señora mia,
el coloquio, porque cierto
mi discurso necesita
luz en tantas confusiones:
mas por lo que es la comida,
habrá vm. de dispensarme.

Laura. Será como vm. elija.

Vanse por la puerta principal.

ACTO TERCERO.

Don Pedro y Don Juan.

Pedro. Gracias á Dios, que salimos
de este susto, y que ya queda
recobrada: la familia *Mirando á todas partes.*
se ha retirado, y me pesa
que el Coronel se haya vuelto,
porque la suma imprudencia
de esta muger, por los fines
desatinados que lleva,
descubrió fuera de tiempo
el asunto: y si se dexa
para despues instruirle
de la verdad, y que entienda
la cosa como es en sí,
quizá tome una violenta
resolucion.

Juan. Cada instante
van en aumento mis penas:
¡qué rubor ha de costarme
quando llegue á su presencia
oir sus reconvenciones!

Las impresiones siniestras
que ya ha recibido, deben
irritar sobre manera
su duro genio: ¡ah! yo temo
una desgracia; mi adversa
fortuna frustra y acaba
la esperanza lisonjera
de mi ventura, y mis bienes
torna en males.

Pedro. No es prudencia
desmayar en el peligro:
Dios es grande; y al que lleva
recto fin, no le abandona:
en todo caso mi hacienda
es de vm.; yo voy á casa
del Coronel, que interesa
no perder tiempo. *Vase.*

Juan. ¡O varon
virtuoso! El cielo quiera
que yo recompense un dia
tus bondades.

Sale el Coronel despidiéndose de Doña Laura.

Coron. Vm. pierda
cuidado. ¿Señor Don Juan?

Juan. Señor, ¿qué mandais?

Coron. Quisiera
saber si se encuentra vm.
en estado de que pueda
el Coronel Donavert
hacerle unas advertencias.

Juan. Siempre estoy á obedeceros
dispuesto.

Coron. Bien: pues en esa
suposicion tomarémos
sillas.

Se sientan á la puerta de la habitacion de Inés.

Inés. ¡Ay! Quánto rezela
el corazon: quiera Dios
que oiga mi bien.

Coron. La extrañeza
que me causa la conducta
indiscreta y descompuesta
de vm., era suficiente
motivo para que hiciera
demostracion mas notoria
de quánto la desaprueba
mi honor, y quánto es contraria
á la educacion honesta

y virtuosa que me debe;
pero la larga experiencia
del mundo, el conocimiento
de las apreciables prendas
de vm., y el crecido afecto
con que le estimo, me empeñan
á usar medios mas suaves
y propios para la enmienda
de juveniles errores,
sin pasar á mas severa
determinacion; y así
ántes que á decirle venga
mi sentir, una pregunta
le he de hacer, y será ésta.
¿Quién es vm.?

Juan. ¿Pues, señor,
lo dudais?

Coron. Aunque así fuera,
no hay motivo de extrañarlo;
que vista la inconseqüencia
de sus acciones, sería
muy fundada la sospecha
de que de quién es vm.,
solo tiene la apariencia:
pero al caso.

Juan. Un infeliz
soy, que desde la mas tierna
edad vivo á vuestra sombra;
diez años tenia apénas
quando me hallé á vuestro lado
en la batalla sangrienta
de Alemania: nuestra derrota
fué fatal, yo pereciera
sin vos aquel dia; nunca
olvidaré la terneza
con que en vuestros mismos brazos
por medio de las ileras
enemigas me salvasteis.
Coron. Hiçe no mas lo que era
de mi obligacion: su padre
de vm., á cuya fineza
tanto debí, me fió
el cuidado de una prenda
tan amable: él conservaba
con igual ternura aquella
joya, aquella infeliz hija,
causa de todas mis penas,
que en vuestra casa dió á luz
mi amada esposa. ¡O belleza
mal lograda! ¿Quién diría

que tanto gozo pudiera
convertirse en tan amargos
pesares? La cruel violencia
de una fiebre al tercer dia
la arrebató; y fué tan negra
mi desventura, que aun tiempo
de celebrar sus exêquias
no tuvo: ya de Felipe
las tropas estaban cerca
de Almania; las nuestras, unas
el castillo de Villena
batian, otras estaban
por Viar, Caudete y Yecla
repartidas: fué preciso
con la mayor diligencia
reunirnos, y marchar
al enemigo; y en estas
complicadas circunstancias,
vuestro buen padre me estrecha
en sus brazos, y me dice
estas palabras eternas
en mi memoria: fortuna,
¡ó amigo! nos favorezca
en tan justa causa: yo
á vuestro lado quisiera

por Cárlos en este dia
dar la sangre de mis venas;
mas no es posible: mi hijo
único, la cara prenda
de mi alma sacrifico
por mi Rey: de mi nobleza
y lealtad, él será exemplo;
á vuestro zelo y prudencia
lo fio: de vuestra hija
yo me encargo; y si la adversa
suerte diere al enemigo
la victoria, el cielo sea
testigo que por salvarla
á las mas remotas tierras
del mundo, me iré primero
que tome parte en la guerra
ni la abandone; si pierdo
juntos el honor y hacienda,
y á ella salvo, me tendré
por feliz... Tanta fineza,
señor Don Juan, exîgia
la leal correspondencia
que tuve y tendré, y así
en eso no se detenga
vm.: adelante.

Juan. ¿Qué
puedo añadir que no sea
una larga série de
favores que me dispensa
vuestra piedad? Perseguidos
del vencedor, á Valencia
llegamos; y sin demora
por las órdenes estrechas
del General, acudimos
á Barcelona; y apénas
descansamos, fué preciso
que el regimiento á la vela
se hiciese, y pasar á Italia:
de allí con gran diligencia
caminamos hasta Ungría;
donde despues en la guerra
contra Turcos, milítamos
en las gloriosas banderas
del Príncipe Eugenio: vos
en las mayores empresas
os señalasteis, y yo
al amor que os interesa
por mí, debo las mejoras
de mi fortuna.

Coron. Eso era

muy natural: un amigo
verdadero, nada encuentra
tan dulce, como ayudar
al amigo; y si me fuera
posible el adelantaros
aun mucho mas, satisfecha
mi amistad con la bengala
que os conseguí, no estuviera.

Juan. Nunca lo he dudado: ¿y cómo
pudiera hacerlo? Mi pena
es el no poder mostraros
la digna correspondencia
á tanta bondad, y aun mas
temer que á ofender llega
mi proceder, y que os causa
desagrado.

Coron. Si yo fuera
un falso amigo, quizá
disimulára la ofensa
que vm. hace á mi amistad;
pero no es dable que pueda
dexarle de echar en cara
la mala correspondencia
que experimento: vm. sabe,
que tras de mil diligencias

inútiles, por saber
el paradero que tenga
Don Luis de Osorio su padre,
en cuyo poder la prenda
única del alma mia
quedó, finadas las guerras
y asuntos, que en Alemania
hiciéron nuestra presencia
indispensable, venimos
á España; y con la cautela
necesaria allá en Viar,
su patria, tomamos lengua
como decimos; y solo
hallamos que á las primeras
noticias de la derrota
tan lamentable y funesta
á nuestras armas, temiendo,
como quien tan parcial era
de Cárlos, y tan contrario
de Felipe, la sangrienta
espada del vencedor:
con la mayor diligencia
huyó con una muger
y una niña, sin que sea
posible averiguar mas.

Sabe vm. que la primera
diligencia que en seguida
practicamos, por si llega
el caso, que ya no espero,
de que algun dia parezca
el infeliz, fué pasar
á Madrid, y con tan buena
fortuna que el actual
Embaxador de Viena
obtuvo su indulto, el qual
publicado en las gazetas
de España y demas Naciones,
nada produxo: así muertas
mis esperanzas, colmé
la medida á las finezas
que vm. me debe, y le hice
heredero de mi hacienda:
¿no es todo así?

Juan. Sí señor.

Coron. ¿Y será una recompensa
proporcionada, que vm.
olvidando su nobleza
y distincion, se degrade
en términos que pretenda
unirse á una desdichada

obscura muger, agena
de educacion, reducida
á la miserable esfera
de sirviente? Vea vm.
el oprobio y la vergüenza
que al Coronel Donavert,
su padre ya, será fuerza
que de este error se le siga;
á nadie duda le queda
de que vm. es cosa mia;
y si con accion tan fea
amancillase su honor,
bien claro entender se dexa
que aunque el yerro es de vm. solo,
será de los dos la afrenta;
además, si la locura
de vm. es tanta, que llega
á abrazar tan insensato
proyecto: ¿qué es lo que intenta
manifestándose amante
de Doña Martina? Ella,
sí señor, me da á entender
mas de lo que yo quisiera:
ahora acaban de decirme
las señoras, que por esta

criada no se consigue,
ni será dable que pueda
conseguirse el casamiento.
¿Qué delirio, ó qué demencia
es la de vm.? ¿dónde estamos?
¿qué es esto? ¿vm. en qué piensa?

Se levanta dando con el baston en el suelo: D. Juan se levanta tambien.

Dos meses ha que vivimos
en Sevilla, y ya se encuentran
dos mugeres enredadas
por vm., sin que se sepa
qué fin se propone en ello:
¿serán las lecciones éstas
de honor que le tengo dadas?
Y no teniendo en mis penas
otro consuelo que un hijo,
(porque le he dado á vm. pruebas
de padre) ¿llenará éste
los cortos dias que quedan
á mi vida de ignominia?
Pues no, no ha de ser: ya es fuerza
que á pesar de mis achaques,
ántes que á la primavera
lleguémos, como esperaba,

demos á Alemania vuelta:
este es el único medio
para que vm. no se pierda;
mañana irémos á Cádiz,
y caso de que vm. quiera
quedarse, partiré solo:
esto he resuelto.

Juan. ¡O qué pena!

Coron. No señor; quédese vm.:
por mí no sufra violencia:
vm. es libre.

Juan. Yo soy,
y he de ser hasta que muera,
esclavo de un bienhechor
á quien debo mi exîstencia,
conservacion y esperanzas:
pero señor; si hasta esta
hora, siempre mi conducta
ha sido qual la desea
vuestra bondad; y si es cierto
que el hombre de bien no llega
á pasar rápidamente
el colmo de la vileza;
sí, que al contrario de errores
pequeños forma la senda

que lentamente lo guia
al precipicio: no acierta
mi discurso á penetrar
cómo la suma prudencia
que admiro en vos, os permite
dar asenso á tan siniestras
especies.

Coron. ¿Negará vm.
lo que yo he visto?

Juan. Mi lengua
(gracias á vuestra doctrina)
no sabe mentir, ni quiera
Dios que lo sepa jamas:
mas si esas señoras piensan,
por fines que no penetro,
decir cosas tan opuestas
á la verdad; sabré yo
con la debida modestia,
mostrar quán equivocadas
estan: en lo que respecta
á Doña Martina, nunca,
señor, ni aun la mas pequeña
demostracion, fuera de
las que exîge la decencia
en obsequio de las damas,

me ha merecido.
Coron. ¿Y pudieran
atreverse á suponer?...
Juan. Yo no diré que se atrevan;
pero Don Fermin, con quien
tienen mucha confidencia,
me ha dicho no habrá dos horas
que mi boda está dispuesta
con Doña Martina, y vos
la solicitais.
Coron. ¿Yo?
Juan. Esta
es toda la causa de
la persecucion violenta
que contra esa infeliz, cifra
de hermosura, de inocencia
y virtud, han levantado
Coron. ¿Y la ama vm.?
Juan. Si sus prendas
no desdicen de quien soy,
no es un error: la pobreza,
de vos lo sé, no envilece
la virtud: donde se encuentra,
allí es amable; si Inés,
que así se llama, tuviera

noble sangre, discrecion,
sencillez, candor, modestia,
y hermosura sin igual:
¿fuera un desacierto, fuera
una mengua amarla? ¿Es
ménos preciosa la piedra
desprendida de su engaste,
porque de polvo cubierta
ocultó un tiempo sus brillos?
¡Ah, señor! Venid á verla,
y la amaréis: en sus ojos
resplandece la modestia
de un alma pura; su rostro
la magestad representa
de su espíritu; el pudor
agradables rosas siembra
en sus nevadas mexillas:
¡qué dignidad! ¡qué grandeza
en su andar! Toda es decoro,
toda es virtud y decencia:
hacedme feliz. *Arrodillado.*

Coron. Mañana
vamos á Cádiz.

Volviendo la espalda. Don Juan se levanta, y queda como absorto á un lado del teatro. El Coronel va á salir, y es detenido por D. Pedro que entra.

Pedro. La priesa
de buscar á vm. me tiene
molido en la inteligencia
de que luego se volvió;
he corrido ceca y meca
por hallarle, y justamente
estaba acá, enhorabuena;
allá dicen que lo que
mucho vale, mucho cuesta:
tenemos que hablar.

Coron. Permita
vm. que no me detenga; *Mirando al relox.*
ya es tarde: despues sí, sí;
ya son las doce y quarenta:
nos verémos.

Pedro. Cabalmente,
está la cosa dispuesta
para que comamos juntos;
si vm. acostumbra á esta
hora, pasaré á dar órden
de que se pongan las mesas:

ello es fuerza que tengamos
una larga conferencia,
sea ántes ó despues
de comer: nos interesa
muchísimo.

Coron. ¡O! No es posible;
perdonad, dadme licencia:
me urge salir para Cádiz
mañana; no estan dispuestas
mis cosas para el viage;
esta noche quando venga
á despedirme hablarémos.

Pedro. Mire vm. que se lo ruega
mi amistad, y es sumamente
delicada la materia,
como que Dios y el honor
en el caso se interesan;
oígame vm., que no dudo
el que al instante suspenda
su arrebatada partida.

Coron. Es ociosa diligencia,
señor Don Pedro: ya sé

Señalando á Don Juan.

que aquel caballero intenta

una locura; no es
necesario que intervenga
yo en este negocio, él
basta solo para hacerla.

Pedro. Por Dios, señor Coronel,
que de vm. nunca temiera
mi amistad este desayre;
porque siendo yo quien media
en el caso, debe vm.
suponer que mi nobleza
y acrisolada honradez,
nada apoyará que sea
contra el honor de un amigo;
vedlo mejor, la prudencia
lo pide así: nunca es bueno
llevarse de las primeras
impresiones.

Coron. Vm. dice
muy bien, amigo; me pesa
de mi prontitud: y así
perdonad la inadvertencia:
mi sentimiento...

Pedro. Será
muy grande, nadíe lo niega;
pero fio en Dios que pronto

en regocijo se vuelva:
seguidme.

Se entran á la habitacion de Don Pedro, y sale Inés.

Inés. Todo, bien mio,
lo he escuchado: ¡ó Dios! Mi pena,
mi consternacion, mi llanto
es igual á la fineza
de tu amor: ¡ay! ¿tu constancia,
esposo, estará á la prueba
de tan duro golpe?

Ferm. ¡Bueno! *Asoma la cabeza.*
Siempre contigo morena:
ojo á visor.

Retírase dexando entreabierto.

Inés. ¿No respondes?
¿dudas? ¿ó ya tu firmeza
vacila? ¿desmayarás?
Y las solemnes promesas
que tu labio cariñoso
ofrecia, serán...

Juan. Dexa
de atormentarme, no añadas
á las congojas inmensas
de mi alma, el sentimiento

de tus injustas sospechas.
¿Qué haré para persuadirte
de mi fé? Sí, tú acrecientas
mi dolor: ¡ay! no te bastan
las acrisoladas pruebas
de mi ternura: ¿pretendes
que la sangre de mis venas,
derramada aquí, termine
tus dudas y mi exîstencia?
¿Qué quieres?
Inés. Que no te rindas
á la tirana violencia
de la fortuna: que ames
como yo: que ni la adversa
suerte, ni el rigor injusto
del Coronel, torcer puedan
tu amor: que renueves fino
las cariñosas promesas,
bálsamo de las heridas
de mi alma: que la eterna
fé de tu amoroso pecho
mil y mil veces ofrezca
á quien vive en la esperanza
de ser tuya; mi terneza
lo pide: auyenta de mí

la desoladora idéa
de tu ausencia.

Juan. ¡Yo dexarte!
¡yo léjos de la belleza
de tus amorosos ojos
viviria! ¡ay! ¿Pudiera
huir su divina lumbre,
y pasar á las tinieblas
sombrías de horrible noche?
¿La flor delicada y tierna,
que al claro arroyuelo debe
su ser en la ardiente arena,
vivirá? No: no imagines
un imposible: la fuerza
nada vale contra un alma
enamorada; mi pena
infeliz tiene otro orígen...

Inés. Cada instante en dudas nuevas
y en nuevos males abismas
mi corazon: ¿qué funesta
idéa te aflige? ¿hay
mas sobresaltos, mas penas
que devorar? ¿mas tormentos
que sufrir? Habla, no temas:
el último de los males

es un bien, sí: con él cesan
los afanes; ni la muerte
me atemoriza.

Juan. ¡Pobreza
desventurada! sin tí
¡quán felíz, quán dulce fuera
mi suerte! ¡y quánta amargura,
quánto dolor y miseria
me preparas! Dulce esposa,
ya ves mi mal. ¡Qué vergüenza,
qué rubor, si abandonado
(como lo miro tan cerca)
del Coronel, sin auxîlio,
ni arbitrio, falto de hacienda,
é ignorante de los medios
de adquirirla á tu belleza,
pan de lágrimas ofrece
mi amorosa mano! Esta
es la angustia que atosiga
mi corazon: si la tierra
supiese labrar, gozoso
asido á la corba esteva,
con mi sudor regaría
los anchos sulcos que abriera
el duro hierro, esperando

abundosas recompensas
con que premiar un amor
tan acendrado; así fueran
deliciosos los afanes
de mi espíritu. ¡O adversa
fortuna! No, no me es dada
tanta dicha; no me queda
mas recurso que la espada
para subsistir, y aun ella
nada me sirve en España...
dulce esposa, lumbre bella
de mis ojos, digno objeto
de mis amorosas penas,
¿me seguirás á Alemania?

Inés. ¿Lo dudarás? Lleva, lleva
esta enamorada esclava
á las regiones opuestas
de este polo; llévala
al término de la tierra
por desconocidos mares,
y siempre alegre y risueña
la verás: amor es fuego
celestial; él eleva
al alma sobre sí misma.
¿Qué peligro desalienta

al fiel amor? Todo es fácil
á quien ama: si una prueba
deseas, toma este anillo
que mi afecto te presenta;
recíbelo, no desayres
mi cariñosa fineza:
una es de las muchas joyas
que mi buen padre reserva
para mi dote; él será

Don Fermin saca ridículamente todo el cuerpo para atender con sumo cuidado.

testigo de la firmeza
de mi amor.

Observando el anillo.

Juan. Es muy precioso:
si iguales en valor fueran
las demas joyas, sin duda
serían de una riqueza
considerable.

Inés. Mi amo
me ha dado á entender que encierran
un valor crecido; y sabes
tambien, que de su largueza
y amor puedo prometerme
muchísimo: sus promesas

te constan; quizás, bien mio,
no te verás á indigencia
reducido; y quando fuese
la fortuna tan adversa
como temes, el amor
nuestra escasez y miseria
hará suave: si Don Pedro
con su discurso moviera
al Coronel...

Juan. No lo espero:
¡ah! conozco la dureza
de su genio.

Inés. Puede ser
que su obstinacion se venza;
pendiente de un hilo está
mi vida.

Juan. Si tú recelas
y temes, ¿cómo estará
un desdichado que espera
oir en breves instantes
la dolorosa sentencia
de su ruina? Mi esperanza
es débil: en vano alienta
al corazon afligido
mi deseo; el pecho tiembla

agitado de mil dudas.
¡Qué situacion tan violenta
la mia! Temor oprime
mi corazon, y consterna
mi espíritu. Dueño hermoso,
no puedo mas; queda, queda
á oir el terrible fallo:
no basta la débil fuerza
de mi alma á resistir
el duro golpe; tú observa
quando salgan sus semblantes:
mira bien si la risueña
alegría se trasluce
por ellos, ó si la austera
melancolía, presagia
nuestro mal; yo mi sentencia
oiré de tus dulces labios
despues, sí; ménos funesta
me será así.

Inés. No desmayes;
preciso es que favorezca
nuestro amor el cielo. Espero
que se hallará fácil senda
á este laberinto: advierte
no tardes.

Juan. Será mi vuelta
muy breve: á Dios.
Inés. El conoce
nuestro amor; él lo proteja. *Vase.*

Sale Don Fermin.

Ferm. Buena, buena va la danza:
ya descampa, y llueven ruedas
de molino: ¡vaya! Hoy
ánda la marimorena
en esta casa; Don Pedro
digo el santo, el santo lleva
la mano en este negocio,
y con su influxo y hacienda
promueve este casamiento:
ya se vé, ¿qué duda queda?
por caridad, y no mas;
¡qué alma tan pura y tan buena!
En fin, ya otro opositor
tenemos á la prebenda
de Inés; y quemaré yo
mis libros sino la lleva,
que oros son triunfos: ¿las joyas
robadas? ¿quién tal pudiera
sospechar? Mas Doña Laura.

Sale Doña Laura.

Laura. Don Fermin.
Ferm. Felices nuevas,
señora mia: ahora acabo
de descubrir una tela
urdida, y tramada en casa;
pero, ¡qué fina y qué bella!
tan delicado es el hilo,
que solo mi trascendencia
y el interés con que miro
por vm. la descubriera.
Laura. Explíquese vm., que ya
aguardo con impaciencia.
Ferm. Poco á poco se va léjos;
mas vale tener espera,
y me explicaré por partes;
que si se me va la lengua
de pronto, temo que vm.
se ha de quedar patitiesa.
Laura. ¿Pues qué es lo que ocurre?
Ferm. Hay es una friolera,
un grano de anís: acaba
mi asombrosa sutileza
de hacer el descubrimiento
mas heroyco, que celebran

nuestros anales. Colon
ni quantos diéron la vuelta
al mundo con Magallanes,
no descubriéron la tierra
que yo.

Laura. ¿Pero qué hay de nuevo?

Ferm. Señora, yo lo dixera;
mas es asunto que exîge
mucho pulso, y la reserva
de las mugeres... Vm.
me perdone; no quisiera
meter guerra entre casados:
mejor será que lo sepa
por otro lado.

Laura. De modo,
que vm. no me considera
capaz de secreto.

Ferm. Al fin
será preciso que venza
la natural repugnancia
que siento en esta materia
de enredos. El caso es...
pero como vm. no ofrezca
un absoluto secreto,
no lo digo.

Laura. ¡Me atormenta
vm. Don Fermin! Si importa,
sé callar.

Ferm. No lo creyera
á no decírmelo vm.;
pero contando con esa
seguridad, la noticio
que las alhajas y prendas
que esotro dia faltáron
de casa, sin que se pierda
ni una sola, han parecido.
Esta es la parte primera
de mi romance. El ladron,
(aquí la segunda entra
que será mas lastimosa)
es sugeto que interesa
muchísimo á vm., me consta;
con que aquí de la prudencia.
¿*Quid faciendum*?

Laura. ¿Qué me dice
vm.?

Ferm. La verdad sin mezcla
de engaño ni duda alguna,
sino como Dios la enseña;
el pan pan, y el vino vino.

Yo lo he visto, aquí no queda
arbitrio: la linda Inés,
ahora mismo (desde aquella
puerta lo observé) le ha dado
á Don Juan, por fina prueba
de su amor, un rico anillo:
¿habia entre aquellas prendas
alguno?
Laura. Dos muy preciosos.
Ferm. Herraduras descubiertas:
lo dicho dicho, ellas son;
vaya, no hay que darle vuelta;
si yo penetro: un diamante
lo mismo que una ciruela
tiene el anillo: ¡y qué luces
despide! Vaya, una hoguera
parece.
Laura. ¿Y se lo ha llevado?
Ferm. Por mi vida que está buena
la pregunta: ¿pues qué habia
de hacer?
Laura. ¿Con qué claro queda
que la Inés hizo este robo?
Ferm. ¡Qué, señora! Ni en mil leguas.
Laura. ¿Pues quién ha sido? Su padre

entónces estaba fuera
del pueblo, y no pudo ser.

Ferm. Se romperá la cabeza
vm., y no dará en ello.

Laura. Diga vm. quién es.

Ferm. Me pesa
no saber nombrarlo; pero
puede ser que por las señas
conozca vm. al sugeto.

Laura. ¿Y quáles son?

Ferm. No mas éstas:
el ladron todas las noches
de los Domingos, y fiestas
de guardar, y las de ayuno,
de pasqua, carnestolendas,
quaresma; y últimamente,
todas las demas que median
entre las que llevo dichas,
duerme en una cama mesma
con vm.

Laura. ¿Mi esposo?

Ferm. ¿Hay otro
que acompañe á vm. en ella?

Laura. No por cierto.

Ferm. Pues él mismo

ha sido al pie de la letra
quien dió las joyas á Inés;
ella misma le dió cuenta
á Don Juan, de que su amo
con las alhajas y hacienda
de esta casa, se propone
el colmarla de riquezas:
yo no digo que Don Pedro
en esto ningun fin tenga
mas que el hacer caridad,
porque es hombre que no dexa
el rosario de la mano,
y siempre se anda en novenas,
altares y devociones;
pero al fin él no es de piedra,
y la Inesilla es muchacha
de provecho; el diablo entra
siempre por lo mas delgado:
puede que la cosa sea
sin interés: él es santo,
si es que los hay en la tierra;
pero aquí encaxa un refran
que aprendí yo de mi abuela:
tras de la cruz está el diablo.
Laura. Pues ese mismo se lleva

hoy esta casa: yo voy
á dar á mi hermana cuenta
de lo que ocurre, y vm.
verá en qué para la fiesta:
nombre quedará en Sevilla
de este dia. *Vase.*

Ferm. ¡Ya va buena!
¡Pobre Don Pedro! Ahora mismo
entre las dos me lo pelan:
gracias al fino talento
con que la naturaleza
me favoreció: la cosa
llegó hasta donde pudiera
conducirla mi deseo,
no hay humana resistencia
á este golpe; hoy mismo saltan
de casa, y hoy mismo empieza
mi travesura á forjar
los enredos que me restan,
para arribar á los altos
destinos que la grandeza
de mis gloriosos proyectos
me proporciona: ya es nuestra
la victoria; presto aquí
habrá rayos y centellas:

todo va á estallar; salvemos,
interin graniza y truena,
el cuerpo: despues verémos
el daño, y sus conseqüencias. *Vase.*

Salen el Coronel y D. Pedro.

Coron. Está bien: yo no me puedo
oponer á lo que sea
justo; pero como vm.
me da en mil dudas envueltas
esas especies, no extrañe
mi repugnancia, que en estas
materias, Señor Don Pedro,
aun tocando la evidencia,
quedan dudas á un honor
escrupuloso: vm.
que para mí no será
obstáculo la pobreza
de esa jóven, ni me opongo
á que puedan ser muy ciertas
las preciosas qualidades
de la virtud y nobleza
que la ilustran; pero es
necesario que las sepa,
no solo yo, sino toda
Sevilla; para que pueda

consentir á un sacrificio
tan doloroso.

Pedro. Ya hubiera
satisfecho á vm. en eso
como en todo. Mas en esta
parte no me atreveré
sin preceder la licencia
de Don Diego, á descubrir
secretos que le interesan
vida y honor: á Dios gracias
que en esta mañana mesma,
despues de andar mucho tiempo
procurando mis haciendas,
llegó á casa; voy á verme
con él, y con la reserva
necesaria...

Coron. Bien; difiero
mi partida: mas con esta
condicion, que prontamente
he de saber con certeza
y claridad, quanto vm.
ofrece.

Sale Doña Laura.

Laura. Traigo una nueva

A Don Pedro.

que vm. apreciará mucho,
sin duda, porque con ella
verá el señor Coronel,
quán virtuosa, quán buena,
quán noble y honrada es
mi celebrada doncella,
Doña Inés. Esta señora *Al Coronel.*
tiene sin duda unas prendas
tan preciosas, que confieso
con sencillez y franqueza,
que así yo como mi hermana,
las dos carecémos de ellas:
bien lo sabe mi marido,
y ahora con su licencia

A la puerta de Inés.

las verá vm.: Doña Inés,
señora, salga acá fuera
usía.

Pedro. Muger de Dios;
¿no me dirás lo que intentas
ahora? ¿quieres matarme?
¿no tiene bastantes penas
la muchacha?

Laura. Lo que quiero,

es lo que vm. no quisiera;
que manifieste mis joyas:
mis joyas, que son las prendas
apreciables que posee:
bien que no la culpo á ella,
sino á quien...

Pedro. Acaba, dilo.

Laura. A qüien tiene la cabeza
perdida: lo que yo extraño,
que hombre de tanta riqueza,
como el que dió á esa señora
tales alhajas, no tenga
espíritu para dar

Salen Don Diego é Inés.

lo que es suyo; ¡y que se atreva
á regalarla mis joyas
y las de mi hermana! Esta
es cosa muy singular.

Pedro. Mira, Laura, que estás fuera
de juicio: ¿qué es lo que dices?

Laura. No me busque vm. la lengua;
que manifieste las joyas,
y sea aquí en la presencia
de todos: sé lo que digo,
y á no hallarme con certeza

no hablaría: Don Fermin
las ha visto: vm. no crea
disuadirme, que yo sé
aun mas de lo que quisiera.

Pedro. ¡Ya, ya! ¡Don Fermin! entiendo.

Coron. Señoras, con la licencia
de vms. *En ademán de irse.*

Pedro. Suplico á vm., *Deteniéndole.*
porque á mi honor interesa,
el que presencie este caso.
Señor Don Diego, paciencia;
esta es cruz que Dios me ha dado,
y mi buen amigo es fuerza
me ayude á llevarla: presto,
saque vm. todas las prendas *Vase D. Diego.*
de que hablamos: dí á Martina *A Doña Laura.*
que salga, porque así ella
como tú, cada qual tome
aquello que suyo sea.

Doña Laura se acerca á la puerta de la sala, hace señas, y sale Doña Martina: entretanto Don Diego entra, y sale con un cofrecito, que presenta á todos abierto: luego que Don Diego presenta las joyas, el Coronel toma una; y retirado de los demas, la observa cuidadosamente sin atender á otra cosa, hasta el instante en que habla.

Diego. Estas son.

Pedro. Lleguen vms.: *A Laura y Martina.*
reconózcanlas, y vean
quáles son suyas.

Laura. Estoy
corrida.

Mart. La ligereza
de Don Fermin...

Pedro. No es menor
la de quien así se dexa
llevar de un hombre tan... vaya,
Dios ponga tiento en mi lengua.

Laura. ¿Y de dónde á mis criados
les viene tanta riqueza?

Inés. ¿Padre, qué es esto?

Diego. Señora, *A Doña Laura.*
muy lastimado me dexa

vm. con esta pregunta:
mas para dar la respuesta
bastará solo decir,
que con ser mucha, es pequeña
para la que tuvo un tiempo
su padre, y tener pudiera
Inés, si Dios algun dia
se digna favorecerla.
Señor Don Pedro, mi honor
no es posible me consienta
vivir mas en esta casa;
y así con vuestra licencia,
me privaré de la honra
de servirla.

Laura. Enhorabuena;
vm. hará como guste:
vamos, Martina. *Vase.*

Mart. Eso era
lo que se necesitaba. *Vase.*

Pedro. Yo confio en la prudencia
de vm., que no partirá
tan de ligero.

Sigue observando la joya, y mirando á Don Diego.

Coron. No queda
duda alguna: esta es la cifra
de su nombre... ¡ó Dios! Si fuera
tanta tu piedad conmigo...

Inés. Sacadme ya de esta pena.
¿Qué es esto, padre?

Diego. Hija mia, *A Inés aparte.*
exercitar mi paciencia:
el señor... Retírate,
que luego te daré cuenta
del caso: no comerémos
hoy aquí: viles sospechas
ofenden tu honor y el mio.

Inés. ¡O Dios grande! Tu clemencia
se duela de esta infeliz. *Vase.*

Coron. Amigo, ¿dónde estas prendas
adquiristeis? Por mi vida *A Don Diego.*
decidlo, que me interesa
vida y quietud el saberlo.

Desde los versos inmediatos el Coronel y Don Diego se observan mutuamente para conocerse.

Diego. ¡La alegría no me dexa!

Donavert, querido amigo.

Coron. ¡O Dios! ¿Qué ilusion es ésta?
¿Osorio?

Diego. Sí. *Se abrazan.*

Coron. ¿Y mi hija?

Se llega al quarto de Inés, y sale.

Diego. Aquí está: querida; llega,
llega á abrazar á tu padre:
¡ó inefable providencia
de Dios! Tu padre, hija mia,
es aquel.

Inés. ¡Mi padre! ¡ó pena! *Confusa.*
Señor, ¿qué decís? ¡mi padre!

Diego. Sí.

Pedro. Vaya, esta
cosa parece un encanto.

Coron. Sí, hija mia, quántas penas
me has costado: es muy hermosa:
mis males y sustos cesan.

Diego. Donavert, con que mi hijo
será...

Coron. ¿Pues qué duda queda?
Yo no lo he dexado nunca
de mi lado; una fineza
se paga con otra.

Diego. ¿Dónde
estará?

Pedro. No tenga pena
vm. de que tarde mucho
en dar por aquí la vuelta.
¿Qué tal, Inés?

Inés. Yo que sé.

Diego. Por Dios señores, no sepan
quién soy.

Coron. No hay de qué temer:
el Embaxador de Viena
obtuvo ya vuestro indulto.

Diego. ¿Qué decís?

Coron. En la gazeta
se ha publicado mil veces.

Diego. No las leo.

Coron. Vaya, estas
cosas son para despues:
á casa: ven dulce prenda
de mi alma: vamos Don Luis.
Don Pedro...

Pedro. Quanto vm. quiera
ha de ser; pero con una
condicion.

Coron. Enhorabuena;

decidla.

Pedro. Todos vms.
han de comer á mi mesa
hoy ; porque aquí fué el milagro,
y aquí se ha de hacer la fiesta.

Coron. Acepto. Vamos, muchacha.

Inés. Vamos, señor. ¿Qué se queda *A D. Diego.*
vm., padre? *Vase Inés y el Coronel.*

Pedro. Ya, ya vamos.
¿Antonio?

Anton. Señor.

Señalando á la habitacion de Don Diego.

Pedro. Ven, lleva
aquel cofre, á donde vamos
Don Diego y yo.

Diego. Tiempo queda.

Pedro. Déxese vm. gobernar;
quiero ver si la sorpresa
que he de causarlas, corrige
á mi esposa, y á la buena
de mi cuñadita: vamos.

Sale el criado con el cofre.

Diego. Gracias á la providencia
de Dios, nunca libra mal
quien en su bondad espera. *Vanse todos.*

Salen Doña Laura y Doña Martina.

Laura. Todos se han ido, Martina;
¿qué novedad será esta?
Mirando al quarto de Inés.
Aquí no hay nadie... ¿La Inés
dónde estará? En esta pieza
tampoco.
Mart. Ya se habrán ido.
Laura. Vayan donde nunca vuelvan;
descansarémos.
Sale Don Fermin.
Ferm. Señoras;
¿será fixa mi sospecha?
Antonio va con un cofre,
que he presumido que sea
de Don Diego: éste y su esposo
de vm., van juntos; pudiera
ser que se vaya de casa
el buen viejo, con la prenda
de la remilgada Inés.
Laura. No sé qué decirle pueda
á vm.: ella no parece.
Ferm. Cuente vm. que se los lleva,
y les pone casa; y todo
quanto necesario sea:

no, no les faltará nada:
vaya, que no lo creyera
á no verlo; fie vm.
en santos: tengo experiencia
del mundo; quien piensa mal,
es el que mejor acierta:
¡cáscaras! ya; pero al fin,
no hay mal que por bien no venga:
ya saltáron: hoy, señoras,
es dia de enhorabuenas.

Laura. Pero las joyas que vm.
nos aseguró ser nuestras,
son muy distintas: corridas
hemos quedado.

Mart. Una afrenta
ha sido...

Ferm. Pero qué importa:
supongamos que lo fueran,
y para el caso es lo mismo:
vms. no se detengan
en antecedentes; yo
me atengo á las conseqüencias.

Sale Antonio.

Anton. ¿Señoras?

Laura. ¿De dónde vienes?

Anton. De hay al lado: está revuelta
la casa.
Laura. ¿Pues qué ha ocurrido?
Anton. Mi amo manda que venga
á decir que ha parecido
la señorita.
Laura. ¿Quién, bestia?
Anton. Una hija del Coronel,
que ha andado por esas tierras
perdida mas de mil años;
y dice que se prevenga
todo, que hoy comen en casa.
Ferm. Dimos con el santo en tierra:
el Capitan Belisario
queda fresco: á Dios herencia,
volaverunt; señorita,
dele vm. en la hora mesma
pasaporte, no cargaban
vms. con mala plepa.
Laura. ¿A dónde has llevado el cofre
del mayordomo?
Anton. Allí queda;
y Don Diego, Inés, y todos
estan juntos. *Quiere entrarse.*
Laura. Oye, espera:

¿has visto tú á la señora?

Anton. No, porque dicen que queda
peynándose; estoy de prisa. *Vase.*

Ferm. Por el siglo de mi abuela,
que el tal Don Juan queda fresco;
A Don Juan, que entra como recatándose.
pero allí viene. Dos nuevas
me ocurren que dar á vm.,
una mala y otra buena:
vamos por partes: Inés
saltó de casa: así queda
mas accesible, mas obvia,
mas obliqua y mas directa,
para poderse tratar
con un poco de franqueza.
Item, vm. ha quedado
desauciado de su herencia
en juicio definitivo,
sin que en modo alguno pueda
el Coronel reformar
la pronunciada sentencia;
dixi.
A Don Juan, que está como absorto.

Laura. No se aflija vm.;
vuelva á su casa, que en ella

está su prima, la hija
del Coronel: ahora llega
con la noticia el criado
de casa, y aquí se esperan
para comer.

Ferm. Pareció,
sí señor: ¿con qué la herencia
desaparece, no es esto?

Mart. Pero hallará vm. en ella
á la Inés, que puede darle
mucho consuelo en sus penas.

Juan. ¡En mi casa!

Salen Don Pedro y Don Diego.

Pedro. Sea, amigo,
mil veces enhorabuena:
abrace vm. á su padre. *A Don Juan.*

Diego. Hijo mio, ven y estrecha
en tus brazos á este anciano
infeliz.

Don Diego abraza á su hijo, y él lo recibe con indiferencia, y hace por apartarlo.

Juan. ¡O qué demencia!
¿Qué haceis, señor? ¿vos mi padre?

Diego. Tu padre, sí: ¿mi terneza
no te lo dice?

Juan. Dios mio,
¿qué laberinto de penas
es éste?
Pedro. Dígole á vm.,
señor, que no se detenga.
Don Luis de Osorio, su padre
de vm., es éste.

Arrodillado á los pies de Don Diego besa sus manos.

Juan. Pudiera
ser verdad, permitid...

Lo levanta, y abraza tiernamente.

Diego. Alza,
hijo de mi almá; llega
á mis brazos.
Ferm. Estas gentes
han perdido la chavetá.

Sale el Coronel con Inés.

Coron. Señoras, vengo á ofrecer
á vms. la cara prenda
de mi alma, la que tantas
penas y afanes me cuesta:
ésta es mi adorada hija:
aquí mi preciosa perla
desconocida ha vivido;

pueden vms. tenerla
por muy servidora suya.

Inés. Siempre lo he sido; y aun esa
circunstancia es muy honrosa
para mí.

Ferm. No se chancean:
como soy hombre de bien
que la cosa va de veras.

Laura. Abrázame, Inés: no extrañes,
hija mia, la sorpresa
que me ocasionas: perdona
las repetidas molestias
que te he causado.

Inés. Señora,
en mi corazon no queda
resentimiento.

Despues de una suspension.

Mart. Inés mia,
yo te doy la enhorabuena
de corazon; miéntras Dios
en este mundo nos tenga
seré tuya. *Abrazándola.*

Inés. Y yo de vm.
con alma y vida.

Pedro. ¿En qué piensa

vm. Don Juan, que no abraza
á Inés? He, no se detenga,
vms. se han de casar;
y así, ¿qué mas da que sea
ántes que despues?

Laura. Y yo
(si tanto honor me dispensan
los novios) seré Madrina.

Coron. ¡O señora! Mucho aprecia
mi gratitud tanta honra:
acepto... ¿Y qué dice de estas
cosas Don Fermin?

Ferm. Que todo
me parece una comedia.

Pedro. Pero hace vm. un papel
muy perjudicial en ella.

Ferm. ¡Yo!

Diego. Sí señor: vm. es
quien aquí todo lo enreda.

Laura. Sí; por él me he visto yo
abochornada: las prendas
de Inés, me dixo, que él mismo
las vió, y que las mismas eran
que me faltan.

Martin. Y que vm. *A Don Pedro.*

las regaló para prueba
de su amor á Ines.

Pedro. ¿Y no
se muere vm. de vergüenza?

Ferm. Vaya, si toman vms.
las cosas por donde quema;
se acabó: mi fin fué bueno,
ví lo que ví; y en conciencia;
juzgando piadosamente,
creí que Don Pedro fuera
un bienhechor, como muchos
que se exercitan en estas
obras de misericordia.

Con indignacion.

Coron. Muy bien: ¿y con qué licencia
se valió vm. de mi nombre
para persuadir á estas
mis señoras, un intento
que nunca he tenido?

Ferm. ¡Aprieta!
¿Pues qué hay de particular
en eso? Todas se alegran
en tratando de casarlas:
¿y no es cosa que pudiera
ser? Deme vm. que la bola

rodára de otra manera,
y todo salía bien:
rodó mal: santa paciencia.

Laura. Por vm. esta señora
ha sufrido mil molestias:
él es quien me estimulaba
para que la echase fuera
de casa.

Ferm. Bien: yo lo hacia
para que Don Juan pudiera
tratarla mas francamente;
gracias por ello debieran
darme.

Juan. Vm. Don Fermin es... *Colérico.*

Ferm. Dexémonos de quimeras:
pelos á la mar; confieso
la culpa, y en penitencia
de mi pecado, me obligo
á destripar diez botellas
con vms. en el dia
de la boda; ¡friolera!
¿quién se para ahora en pelillos?
Abur, señores: la cuenta
no me ha salido á medida
de mi gusto; pero crean,

que aunque los medios son malos,
la intencion era perversa.

Coron. ¡Picaron!

Pedro. Esto sucede *A Doña Laura.*
á quien tiene la imprudencia
de recibir en su casa
á unas gentes tan perversas,
que solamente se ocupan
en juzgar vidas agenas,
divulgando por verdades
los delirios que ellos sueñan.

Laura. Basta, esposo; yo te ofrezco
que nunca en tu casa veas
á ese bribon: ahora vamos
adentro; y principio tenga
la celebridad de un caso
tan singular.

Coron. Todo sea
alegría, regocijo
y placer.

Todos. Y que merezca
este ensayo, sino aplauso,
censura ménos severa.

FIN.

